

GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS Y MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

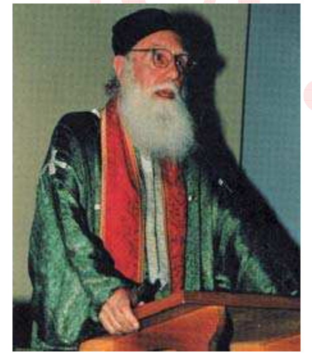
BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 12

21 de Septiembre de 2.007

S U M A R I O

PEQUEÑO TRATADO DE ARITMOSOFÍA

Robert Amadou



1924 - 2006

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA

-Las Fuentes de la Reintegración: Kábala y Tradiciones Orientales-

René Le Forestier

(1.868 – 1.951)

Nueva Edición:

El Kybalión

Tres Iniciados

PEQUEÑO TRATADO DE ARITMOSOFÍA[1]

Robert Amadou

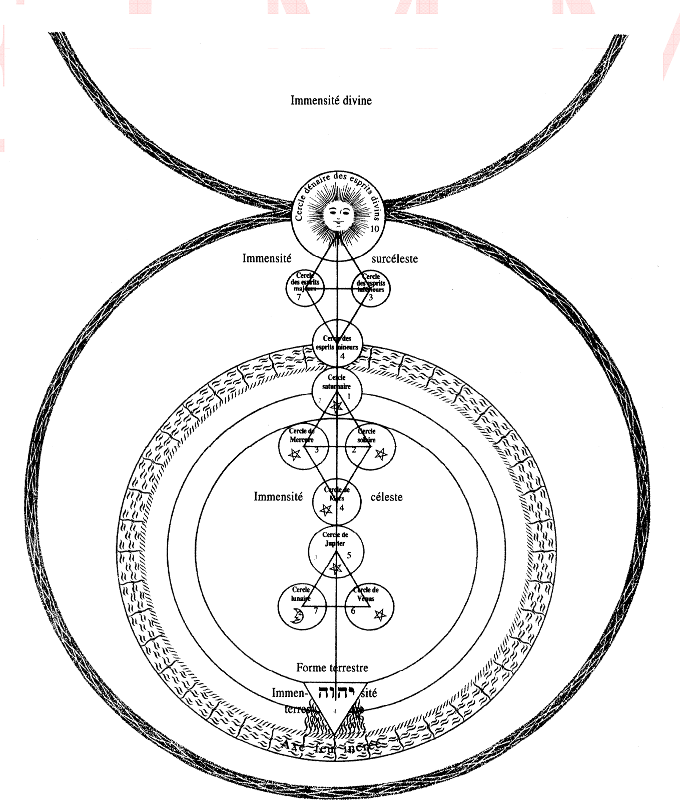
En la obra maestra del querido sacerdote Lacuria, los números expresan las armonías del ser; por su mediación, he aquí, en particular, pero para una perfecta generalidad, “las leyes de la ontología, de la psicología, de la ética, de la estética y de la física, explicadas unas por otras y reducidas a un sólo principio”[2].

La ciencia de los números es la ciencia universal. La única que existe, la única que pueda ser verdaderamente universal. La ciencia de los números, su ciencia oculta, dicho de otro modo, la aritmosofía.

I. DE LAS LEYES INMUTABLES O REGISTRO DE LOS NÚMEROS CO-ETERNOS

“Una figura universal” o un “cuadro universal”, Martinez de Pasqually intercambia ambas expresiones aquí y allá, cuando se trata de recapitular su doctrina: la Reintegración, con todo lo que ello implica, que es todo.

En esta figura, en este cuadro, opera, según el autor, toda la naturaleza espiritual mayor, menor e inferior. Se ve en él, en efecto, las inmensidades celeste y terrestre que rodean el Eje del Fuego Central, comunicar, mediante la inmensidad supraceleste, con la inmensidad divina.



LA “FIGURA UNIVERSAL” DE MARTINEZ DE PASQUALLY

[1] © Traducción de Yelen Artífice, S.I.

[2] Tal es en efecto el subtítulo de las *Harmonies de l’etre exprimées par les nombres* – “Harmonías del ser expresadas por los números” (1847 y segunda edición, póstuma, 1899) por Paul-François-Gaspard Lacuria. Cf. Lacuria, *sage de Dieu*, presentada por Robert Amadou (París, Awac, 1981) y “El abad Lacuria y las harmonías del ser”, dossier compuesto por R.A., Atlantis, 1981, nº 314, 315 y 317.

Nada mejor para aprender el martinezismo, que explorar el territorio de este cuadro[3]. Y luego sintetizar, descubriendo la llave de la organización, el resorte del organismo. La aritmosofía, sin la letra, nos acecha, después de que la hayamos acechado, casi sin saberlo.

Por lo tanto, del esquema general examinado, al que el lector vuelve una y otra vez, antes de entenderlo y experimentarlo (dicho de otro modo, "las operaciones", puesto que estamos en la gnosis donde inventariar, incluso comprender, no vale nada sin actuar), es Martinez mismo quien nos advierte[4]:

"Considera pues lo que ocasionó la prevaricación de los espíritus malignos; reflexiona en esta creación; reflexiona en tu emanación; aprenderás a conocer la necesidad de toda cosa creada, y la de todo ser emanado y emancipado; verás que todas estas cosas están ordenadas por el creador para ser y actuar en una íntima correspondencia, al igual que te lo enseña la línea recta del círculo denario y que corresponde con precisión desde lo supraceleste y lo celeste hasta el cuerpo general terrestre y al centro del eje fuego central, fuego que es el principio de la vida y de todo ser de cuerpo creado, fuego que tiene todas las formas, bien la general, bien las particulares, en equilibrio; sin el cual ningún ser puede tener vida y movimiento, fuego que limita la inmensidad y el curso del movimiento y de la acción de todo ser contenido en la creación universal".

Ya, de pasada, ¡cuántas correspondencias encontradas! Pero ¡cuántas otras se nos han quedado inauditas! ¿Qué no tiene su análogo? Ahora hay que afirmar esta idea de una legislación común, precisar el género y alinear los dispositivos.

"Leyes inmutables [....] gobiernan todo este universo. No hay ningún ser, bien creado, bien emanado, que pueda existir ni actuar en este círculo universal sin ser sometido a estas mismas leyes" [287-288]. Las llaves ofrecidas por la verdadera ciencia son llaves maestras, cada una a su altura. Desde Seth a nuestros días, una alcurnia sin interrupción las ha transmitido, tal como relevos. En efecto, fue a Seth, a quien Dios instruyó a través de Heli[5], el primero de los "*secretos resortes espirituales divinos que contenían y gobernaban toda la naturaleza, tanto material como espiritual. Recibió inmediatamente del Creador, por el espíritu, todo conocimiento de las leyes inmutables del Eterno, y aprendió por lo tanto que toda ley de creación temporal y toda acción divina estaban fundadas en diferentes números. Aprendió por el mismo Heli que todo número era coeterno con el Creador, y que eran por estos distintos números que el Creador formaba toda figura, todas sus convenciones de creación y todas sus convenciones con su criatura*" [119]. Y Martinez de Pasqually da, supuestamente, "*el conocimiento de los números que son innatos al Creador*" [119].

Ningún conocimiento debería importar al hombre más que el que le permite, en verdad, explicarlo todo en el fondo, es decir, comprenderlo todo. Puesto que "*es esta virtud de los números la que ha hecho decir a los sabios de todos los tiempos que ningún hombre puede ser sabio, sea en lo espiritual divino, sea en el celeste, terrestre y particular, sin el conocimiento de los números*" [78].

He aquí pues, en un registro, la síntesis de los datos aritmosóficos que salpican el *Tratado de la reintegración de los seres*. He aquí *las leyes inmutables del Eterno* [119]:

1. Número de la unidad. Número del primer principio de todo ser tanto espiritual como temporal, que pertenece al Creador, llamado también Dios Padre.

---

[3] Ver "Martinez de Pasqually […]", L'Initiation, enero-marzo 1.969, p. 26-30; abril-junio 1.969, p. 58-84; julio-septiembre 1.969, p. 139-161, y "Explicación de la figura universal" en "Martinismo", op. Cit. segunda edición revisada y aumentada.

[4] Todas las citas en cursiva son, salvo mención contraria, extractadas del *Tratado de la Reintegración de los seres* de Martinez de Pasqually, ed. de 1.899. El texto y la paginación de esta edición son reproducidos en la edición del bicentenario de la misma obra que comprende también, por primera vez, la versión original del *Tratado* (París, R. Dumas, 1.974).

[5] Elías interviene en tiempos de Seth: el anacronismo se desvanece a la luz del rol trans-histórico tenido por el espíritu de Heli, que el profeta Elías, entre otros solamente, ha manifestado. Esta característica corresponde al judeocristianismo de Martinez.

2. Número de la confusión donde sufren los espíritus perversos y compadecen los Menores que se unen al intelecto de los ángeles caídos. Número de la confusión y, por consiguiente, número de la mujer. Pero también número de la Voluntad, del Hijo que rige la acción.

3. Número del círculo de los espíritus inferiores que emanaron, por orden de Dios, las tres esencias espirituosas constitutivas de las formas, y que operaron dentro, sobre y por el Eje del Fuego Central. Por lo tanto, número del Verbo, puesto que el Verbo simboliza el medio universal de la creación. Y número de la Acción, del Espíritu Santo que dirige la operación. Pero también número del mismo mundo temporal y del hombre que se ha hundido en él. Número de la tierra; número de las formas corporales de los habitantes celestes; número del alma pasiva. Número, en resumidas cuentas, del modo universal según el cual todo es producto y número de las formas producidas.

4. Número que procede del denario por adición de 1 a 3, que termina y concluye las 4 potencias divinas del Creador contenidas en el número denario. Número que contiene él mismo toda especie de número de creación divina, espiritual y terrestre. Desarrollémoslo: número perfecto e incorruptible de la esencia divina y que es tetragramático. Número del que Dios se sirvió para la emanación del hombre, que este número indica por lo tanto, al igual que señala el origen y la potencia del Menor. De ahí: número del círculo de los espíritus Menores y número del alma impasible. Generalmente, número del que todas las cosas temporales y toda acción espiritual proceden; y por lo tanto, número del eje fuego central. Número que preside todo ser creado. En resumidas cuentas, número de la operación de Dios que, como el hombre su imagen, porta el 4.

5. Número imperfecto y corruptible de la materia, 3 agravado por la confusión, 2. O aún más: número de este sacrilegio fantasma con el que habían soñado los espíritus orgullosos: Dios más -¡oh delirio de la propia expresión!-, Dios más la unidad arbitraria de un yo en rebeldía: 4+1. O aún más: Número del denario bipartido. Así pues, número demoníaco por excelencia; número del que se sirven los demonios para operar el contraataque en aspecto de la acción puramente espiritual divina, y desgraciadamente, por aplicación de la degradación del primer hombre. Por fin, número de las tribus de Israel caídas en la esclavitud y privadas de toda acción y de toda operación espiritual divinas. Este último tipo representa lo principal.

6. Tercera potencia divina. Número emanado del denario, por 1 y 2 que son 3, y 3 que son 6. Número de la creación universal; por este número, el Creador hizo salir de su pensamiento a todas las especies de imágenes de formas corporales aparentes que subsisten en el círculo universal. Número de las prácticas diarias que contribuyen a sostener el mundo que Dios sigue creando. Número por el cual la materia aparente se reintegra en su principio, y por consiguiente número profético del carácter temporal de esta materia.

7. Segunda potencia divina. Número emanado del denario por 3 y 4. Número más que perfecto que el Creador utilizó para la emancipación de todo espíritu fuera de su inmensidad divina. Número del Espíritu Santo, que pertenece a los espíritus septenarios, rectores del universo. Número del círculo de los espíritus mayores y por lo tanto número

de la reconciliación, puesto que la potencia de acción de los espíritus mayores se ejerce sobre las formas, 3, y sobre el alma del menor, 4.

8. Número del espíritu de desdoblamiento fuerte, o de la doble potencia espiritual divina, 4 x 2 , que había sido confiado al primer Menor y que no pertenece nada más que a los Menores Elegidos, y entre ellos, eminentemente al Cristo del que son los tipos sucesivos, a no ser que el Cristo sea su arquetipo, incluso uno de los tipos del Gran Elegido recurrente.

9. Número del mundo temporal multiplicado por sí mismo: 3 x 3 : las tres esencias más los tres elementos más los tres principios corporales. Número demoníaco por lo tanto, perteneciendo a la materia; más precisamente número de las materias prevaricantes, sean demonios, sean Menores. Aún más, para volver al mismo: número de unión del quinario, imperfecto y corruptible, con el cuaternario, perfecto e incorruptible; unión por la que el hombre degrada su potencia espiritual divina haciéndola espiritual demoniaca.

10. Primera potencia divina, de donde emana la segunda, 7, y la tercera, 6, las cuales culminan y acaban en la perfección de la esencia divina, 4. Número único e indivisible del círculo espiritual divino que representa en la unidad absoluta de la divinidad, la "cuatriple" esencia - tetractys de donde procede el mismo denario. Número de la fuente de todo, ya que en él está contenido cada especie de número de creación y que en él están innatos todos los números terrestres, Menores, Mayores y Superiores. De este número denario procede todo ser espiritual Mayor, Inferior y Menor, al igual que toda ley de acción, sea espiritual, sea espirituosa. Pues, por este número, la imaginación divina pensante concibió la creación entera.

∴

Para Saint-Martin, también "*los números no son nada más que la traducción algebraica, o la lengua concisa de las verdades y de las leyes cuyos texto e ideas están en Dios, en el hombre y en la naturaleza*"[6].

Y unas veces repite, otras veces presupone, conforme a la tradición recibida y repercutida en Martinez: los números no son una simple marca de la que estarían marcados los seres. Pero a cada uno de éstos, Dios dio la propiedad y esta propiedad se manifiesta por el número.

Comparando a Saint-Martin con Martinez en el mismo capítulo, se entiende mejor la aritmosofía tanto de Saint-Martin como de Martinez. Pero en esta comparación, resulta lo siguiente: Saint-Martin conserva generalmente la línea martinezista, pero la peculiariza ordenándola, según su propio ingenio, en la forma verbal o en un cristianismo más ortodoxo. Ahora bien, es el enfoque del *Filósofo Desconocido* en el entorno de su primer maestro.



---

[6] *Los Números*, artículo 1º, frase inicial. La fórmula es repetida de forma parecida en *Del Espíritu de las Cosas*, I, p. 324.

II. EL ALGEBRA DE LAS REALIDADES

"ARITMOSOFÍA"

Hay números y números. Para Lacuria, habrá números y cifras, no en el sentido habitual, sino en el mismo sentido. ¿En qué sentido?

Es mejor tirarse al agua: *"Los números no son nada más que la traducción de verdades y leyes, cuyo texto está en Dios, en el hombre y en la naturaleza"*[7].

De modo que Saint-Martin declara la aritmosofía. El término choca, la definición también, por lo tanto le obsesiona el carácter restrictivo.

"Aritmosofía", sin embargo, me pareció tan necesario desde hace tiempo que lo lancé. *Sofía* lo acerca a teosofía, alejándolo de la aritmética a la que las tres primeras sílabas nos invitaban.

La aritmética depende de las matemáticas. A este respecto, trata de los números en relación con la cantidad, como expresión del valor numérico.

Saint-Martin concede que operaciones de este tipo son legítimas; siempre que no pasen de los límites de las realidades materiales - realidades muy relativas, como sabemos, ya que su existencia es ilusoria. El cálculo utilitario tiene su lugar al lado de la aritmética especulativa. Convendría que este cálculo cuantitativo (si no se ofende por la redundancia estará al corriente) se abstenga de dar una coartada para condenar el verdadero cálculo. Si al contrario, admitiera depender de él, éste le autorizaría y vivificaría dentro de lo posible.

Pues un número es más otra cosa que una colección de unidades o la relación abstracta de una cantidad con otra cantidad de la misma especie; otra cosa que una noción fundamental obtenida comparando cosas donde sólo se considera el aspecto cuantitativo.

En principio, la teosofía se pone siempre del lado del ser y no del tener; y elige el punto de vista correspondiente. ¿Qué otro medio para conocer la verdad sino conocer al ser que forma una unidad con ella?

El teósofo se remonta al principio que crea el ser y distribuye los roles.

Ahora bien, Saint-Martin estudió las lenguas, la mitología, la política, las ciencias naturales, incluso la metafísica y las Santas Escrituras, recuperando los campos controlados por los filósofos y los teólogos. Saint-Martin se oponía a unos y otros. Reivindicaba los derechos de la teosofía en lo esencial. Podía sorprender.

Pero quitar las matemáticas a los matemáticos, no buscar nada más que las cualidades ahí donde la cantidad sirve para definir, da que sorprender.

Elme Caro, como buen profesor, no falta. Como buen profesor del siglo XIX, desprecia más de lo que capta. Su *Tratado sobre la vida y la doctrina secreta de Saint-Martin, el Philosophe Inconnu,* enumera uno tras otro diez pensadores célebres que cultivaron la mística de los números y concluyeron que la tarea no merece un examen. *"Nos quedamos,* dice con ironía, *en el umbral del santuario"*[8]. ¡En efecto!

Sin embargo, la aritmosofía es tan tradicional como la teosofía. Cuando la teosofía aplica sus procedimientos a los números, no desplaza de modo abusivo los límites de su campo. En primer lugar porque su campo no tiene límite. En segundo lugar porque "*la ciencia matemática es la ciencia a la que están ligadas todas las altas ciencias* y que *tiene el primer rango de los objetos del*

[7] *De l'Esprit des choses*, 1800 (fac-sim. Olms, 1984), t. I, p. 324.
[8] Paris, Hachette, 1852, p. 234.

razonamiento de la facultad intelectual del hombre"[9]. No es una casualidad, teosóficamente hablando, si del mejor, la corrupción y el desconocimiento son los peores.

Saint-Martin aritmósofo se sitúa, con sus dos maestros, en todas las disciplinas, en la línea sin fisura inherente al esoterismo judeo-cristiano (Líneas paralelas son inherentes a los demás esoterismos). La aritmosofía tiene por nombre "mística de los números", Caro lo dijo, o "Ciencia de los números". Es también la "filosofía de los números". En el sentido teosófico de estos términos. Me gustaría que se utilizara "metafísica de los números", ya que "aritmosofía" amenaza con asustar, dado que la metafísica se refiere a lo que está más allá de las naturalezas individuales. En metafísica teosófica, el número y la teosofía se someten a la regla.

La Biblia lleva la voz cantante. En ella, los números no sirven sólo de instrumentos de medida, sino que determinan atributos.

Dios "todo lo tenía(s) predispuesto con peso, número y medida": la frase evocada tan a menudo figura en el libro alejandrino deutero-canónico de *Sabiduría*[10]. Pero todo el Occidente cristiano recibió este libro hasta la Reforma. Además, estas palabras expresan con acierto, en un lenguaje quizás pitagorizante, una idea subyacente a todas las Escrituras. Ella inspira a admirar la armonía cósmica y emplear, en consecuencia, los valores numéricos.

Los padres de la Iglesia lo tomaron en cuenta, lo interpretaron y comentaron. Saint-Martin da un testimonio considerable, que inspiró. La simbólica romana parece muy ampliamente la de los números. Es de esencia aritmosófica. La ciencia de los números gobierna el conjunto de su reino, igual que el número rige el cosmos que es su dominio.

La kábala es una hermenéutica teosófica de la Biblia, que se organiza en teosofía. Reconoce a los números una importancia sin par, ya que las letras son indisociables de ellos. Ya Filón, en su tratado perdido de los números...

Los kabalistas cristianos (kabalistas perfectos o nada kabalistas, no abramos la disputa aquí), adaptaron la kábala, y no ignoraban ni la Biblia de primera mano, ni los Padres, ni la literatura eclesiástica o de magia salomónica. Menos todavía a los autores de la antigüedad cuyo relato con los Padres había preservado y transmitido el pensamiento griego antes de que surgiera tal como es en sí mismo.

Notemos, al menos, el nombre de Pitágoras, que los *Philosophoumena* trasponen en el ambiente de los Hebreos.

"¿Qué hay más sabio?- El número. ¿Qué hay más bello?- La armonía". Estas respuestas, extraídas de un catequismo de la secta[11], nos anuncian sin demora que el número está ligado con la sabiduría y la música. El número ajusta.

"A los que llaman pitagóricos, escribe Aristóteles, *se dedicaron los primeros a las matemáticas y les hicieron progresar. Penetrados de esta disciplina, pensaron que los principios de las matemáticas eran los principios de todos los seres. Como de estos principios, los números son, por su naturaleza, los primeros, y que en los números los pitagóricos pensaban divisar una multitud de analogías con las cosas que existen y cambian, más bien en el fuego, la tierra y el agua (tal determinación de los números siendo la justicia, tal otra el alma y la inteligencia, otra el tiempo crítico, y de la misma manera, digamos, para cada una de las demás determinaciones); como además veían que los números expresaban las propiedades y las proporciones musicales; como por fin, todas las demás cosas les parecían, en su naturaleza entera, estar formadas a la semejanza de los números y que los números parecían ser la realidad primordial del universo, consideraban que los principios de los números eran los elementos de todos los seres, y que el*

[9] *Des Erreurs et de la vérité*, 1775 (fac-sim. Olms, 1975), p. 361.
[10] Sabiduría, XI:20.
[11] Catecismo de los *acousmatiques*, ap. León Robin, *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique*, edición revisada y corregida, París, La Renaissance du libre, 1.932, p. 68.

Cielo entero es armonía y número. Y todas las concordancias que podían registrar, en los números y en la música, con los fenómenos del Cielo y sus partes con el orden del Universo, les reunían y les introducían en su sistema; y si una laguna aparecía en alguna parte, procedían a los añadidos necesarios para asegurar la completa coherencia de su teoría. Por ejemplo, como la década parece ser un número perfecto abarcando toda la naturaleza de los números, dicen que los cuerpos celestes en movimiento son diez en total; pero como los cuerpos visibles sólo son nueve, por este motivo, se imaginan un décimo, la Antitierra[12]*".*

Para Platón, todas las cosas están ordenadas según los números y las ideas. *El Timeo*, diálogo aritmosófico por excelencia, gozó de una suerte equitativa. Era de fiar.

En vez de citar tres líneas - ¿sería una farsa o un sacrilegio?- citaré apenas un poco más de Nicómaco de Stagyre: *"todo lo que la naturaleza ordenó sistemáticamente en el universo aparece en sus partes como en el conjunto habiendo sido determinado y acordado con el número por la previsión y el pensamiento de Quien creó todas las cosas; porque el modelo estaba fijado, como un esbozo preliminar, por el dominio del número pre-existente en la mente de Dios creador del mundo, número-idea puramente inmaterial bajo todos los aspectos, pero a la vez la verdadera y eterna esencia, de modo que, tanto de acuerdo con el número como según un plan artístico, fueron creadas todas las cosas y el tiempo, el movimiento, los cielos, los astros y todos los ciclos y todas las cosas".*

Del Renacimiento datan las enciclopedias aritmosóficas a las que el estudiante de hoy no escapará, por poco que desee buscar. Bongo y Clichtove están a la cabeza. Sin embargo, ¡cuántos tesoros también en Reuchlin, Georges de Venise y Lefèvre de la Boderie, su traductor y su émulo, Kircher, cuya erudición y agudeza son universales, Nicolás de Cues, ¡este genial iniciado!

Acabado el siglo de los iluminados, quiero decir el siglo XVIII, ¿dónde se busca el esoterismo en Occidente?: en los autores ocultistas y en los autores religiosos, con muchos puntos de encuentro y muchos intercambios.

Tratándose, en particular de aritmosofía, veo por un lado a Fabre d'Olivet, Eliphas Lévi, Papus y sus seguidores, entre ellos Barlet, a menudo su negro admirador, Réné Allendy, Réné Guenon. Por otro lado, a Auber, Devoucoux, Victor Poucel y Jean-François Bonnefoy, quien en la *Revista de ascética y mística* publicó antes un ensayo destinado a "rehabilitar la mística de los números"[13].

Pero antes que ellos, el genial Lacuria, de quien una cita no puede faltar: *"Para los matemáticos, los números no tienen ningún sentido; no son nada más que la multiplicación o la división de una unidad convencional que adoptan según las circunstancias. Tienen la ciencia de las cifras, ni siquiera sospechan de la de los números. Los filósofos, ya en la más alta antigüedad, sospecharon algo de esta ciencia. Las ideas de Pitágoras sobre los números, que desgraciadamente no nos llegaron, fueron célebres entre los Griegos. El mismo nombre que la lengua hebraica da a los números tiene un sentido filosófico. Las Santas Escrituras no dan los números al azar y parecen otorgarles algunas veces una gran importancia. San Agustín, Santo Tomás y muchos otros, dan un sentido a ciertos números y de Maistre nos dice que el número es el espejo de la inteligencia. Todas estas grandes mentes tocaban el umbral de una ciencia prodigiosa e inmensa, ya que las contiene a todas. En efecto, si conociéramos qué número se corresponde a cada grado de ser en el pensamiento creativo y qué relación estos grados mantienen entre sí, sabríamos todo lo que puede saber la inteligencia, tendríamos una ciencia que sólo Dios posee plenamente*[14]*".*

[12] Metafísica, libro A, 985b-986ª (trad. Tricot).
[13] "La mystique des nombres", abril-diciembre 1949, pp. 533-550; cf. p. 535.
[14] *Les Harmonies de l'être*, ed. 1899, t. I, pp. 25-26.

¿Y Saint-Martin? Le adelantamos en el tiempo, seguramente, quizá también en el elogio de la aritmosofía. Esto, lo veremos. Pero si el parentesco espiritual del *Philosophe Inconnu* no deja lugar a dudas, ¿cuáles son sus fuentes?

Saint-Martin empezará por castigarnos por esta pregunta académica. En la ciencia de los números, igual que en toda ciencia verdadera, sólo la regeneración desvela las bases. Una vez el hombre regenerado, he aquí el único maestro infalible y omnisciente, el maestro interno, libre para hablar. *Él y yo sólo somos uno, me entrega la llave pura*. Sin embargo, precisa Saint-Martin, la regeneración es progresiva, a cada uno según el grado en que se sitúa. Pero el principio no admite contradicción:

"Miren, dijo Saint-Martin, *a nuestro amigo B. ¿quién le enseñó las siete formas de la naturaleza universal? ¿Quién le enseñó el número del ternario manifestado por la cruz por medio de la voluntad reconocida? ¿Quién le enseñó los diez espejos al final de los cuales el fin busca el principio, etc.? Es la misma fuente que le dio estos conocimientos, bien porque esta fuente entró en él, bien porque él subió hacia ella. Se dejó ahí el hombre terrenal, quien sólo ve errores y tinieblas, pese a sus ciencias y su razón; no buscó nada más que vivir en su hombre divino, quien, naturalmente debe reflejar todas las luces porque no mueren y porque él es su espejo por nacimiento y por adopción"*[15].

Sin embargo, Saint-Martin nunca menospreció los auxilios externos. En cuanto a los números, en particular, *"la instrucción teórica tradicional nos puede transmitir parte de esta ciencia"*[16], y menciona a los Padres, leyó la Biblia sobre la kábala, es a veces un poco anticuario y no se olvida de los esoteristas contemporáneos. Pero, en aritmosofía también, Martinez de Pasqually y Jakob Böhme le guían. Compartió sus opiniones, porque compartió sus experiencias, que esta ciencia importa, y sus grandes líneas. Para comprender a Saint-Martin, y más aún, para asociarse a su pensamiento, hay que seguir a sus guías.

En cuanto a buscar la aritmosofía en Saint-Martin, su obra entera merece ser investigada. Si hay que separar, preferimos *De los errores y de la verdad, La Tabla Natural, Del espíritu de las cosas,* los dos cuadernos de notas titulados *Los Números* y *Pensamientos sobre las ciencias naturales,* la *Carta sobre la armonía* y la correspondencia con Kirchberger.

En unas memorias raras, poco exactas pero documentales siempre que se objetive, el Barón de Gleichen relata conversaciones con Saint-Martin sobre los números. Tourlet, Barruel también. De una conversación que el teósofo tuvo con el matemático Rossel, no sabemos nada, excepto que fue la víspera de su muerte y que trataba de aritmosofía.

Saint-Martin marca distancia para con los *partidarios de las ciencias secretas:* estos supuestos aritmósofos, no lo escribe pero lo piensa, son unos auténticos aritmomantes.

De aritmomancia a aritmomanía, sólo hay una letra. Leamos este signo. A propósito de los cálculos provisionales de Eckartshausen, Saint-Martin confirma el augurio. Kirchberger quedará muy molesto. Tampoco perdemos más que Saint-Martin en la anécdota.

"He aquí lo que pensé antes y lo que pienso hoy [en 1795] más que nunca sobre los números. Me devolvieron y me siguen devolviendo de vez en cuando una especie de inteligencias. Pero nunca dejé de creer que sólo expresaban la etiqueta del saco, y no daban la substancia de la Chose (la Cosa)"[17].

Esta substancia, ¿cómo obtenerla? Saint-Martin responde en tres palabras a un correspondiente que va a advertir: *"Le animo, pues, a desconfiar de lo poco que le digo y a no adoptar*

[15] Correspondencia inédita de Louis-Claude de Saint-Martin … con Kirchberger… París, Dentu, 1862, p. 263.
[16] Id. , p. 262.
[17] Id. , p. 208.

nada que no haya sopesado. Le animo aún más, Señor, a no mirar como un alimento sólido esta especie de investigaciones en las que la mente muestra algunas veces tanto su pereza como su desconfianza y agudeza, y a tener siempre delante de los ojos que los más bellos descubrimientos de este tipo no valen el menor de los afectos del corazón"[18].

Sin duda, por prudencia, Saint-Martin subestimaba delante de sus auditores el valor y el alcance de la aritmosofía que les daba él mismo; observo, a este respecto, una diferencia entre sus notas y sus cartas. La ciencia de los números, según Saint-Martin, no es indispensable, aunque pueda ser de las más fecundas.

La naturaleza del número explica su alcance pero también su valor relativo.

Volvamos a leer la definición inicial de Saint-Martin: los números "*no son nada más que*": la restricción acaba por llamarnos la atención: El número esencia, o substancia; el número causa inmanente; el número principio; incluso el número modelo inseparable de las cosas: imposible entenderle en el sentido estricto. Más bien, parece, por facilidad del lenguaje; en el sentido acomodado de los exégetas. De hecho, análogamente.

Saint-Martin se separa así de los aritmósofos, de muchos teólogos y de los filósofos y ocultistas de la familia en que se le había ubicado.

Un bonito ejemplo de finura, en verdadera geometría, anticientista y anticiencia (puesto que el envite está aquí) llama al orden a todos los cientistas, bien de la ciencia, bien de las ciencias ocultas. Incluso el afán que, según Aristóteles había obligado a los pitagóricos a imaginar la Antitierra (con todas las reservas hechas sobre el carácter simbólico de esta imagen) se ve denunciado en su vanidad.

Las siete "formas" o "propiedades" de Böhme están en tela de juicio. El autor de *Aurora naciente* afirmaba la correspondencia de cada una de ellas con los siete planetas. Ahora bien, observa Saint-Martin, sabemos que hay más de siete planetas (Saint-Martin es coetáneo de Herschel, quien descubrió a Urano en 1781). ¿Será la catástrofe? Ni mucho menos. Porque el número de las funciones permanece idéntico, aunque cambie el número de funcionarios, y "*varios de estos planetas podrían estar constituidos de modo que ofrezcan a nuestros ojos la huella y el predominio de la misma forma o propiedad"*[19].

En matemática vulgar, el valor de los números es convencional. En el verdadero cálculo, "*los números reciben su valor de la naturaleza de las cosas y ni mucho menos de la voluntad de nuestra mente*".

Es el fundamento de la aritmosofía. ¡Pero ojo! Los números tienen su virtud en los seres y no al contrario. Los números traducen esas virtudes y les corresponden, les son análogos. Por analogía, por correspondencia, por respeto al espíritu de una traducción en modo teosófico, podríamos invertir los términos. Pero la correspondencia no es la identidad, tampoco la inversión real. Al contrario. Igual que los cuerpos son la envoltura visible de los cuerpos, los números son la envoltura invisible. El número del ser no es el ser y el ser del número no es el ser enumerado por él. "*Por lo que todas estas maravillas numéricas no son nada más que la corteza de las cosas*"[20].

En efecto informan sobre los seres, *"como expresando verdades, pero no dándonoslas"*[21].

Terminemos por releer la definición que, por dos veces, nos animó. Pero será en un borrador que recopiló el autor de *El espíritu de las cosas:*

[18] "*Lettre sur l'harmonie*", Renaissance traditionnelle, 32, octubre 1977, p. 267.
[19] *Le Ministère de l'homme-esprit*, 1.802 (fac-sim. Olms, por salir), p. 101.
[20] Correspondencia inédita…, p. 257.
[21] Id. , p. 271.

"Los números no son nada más que la traducción abreviada, o la lengua concisa de verdades y leyes cuyo texto e ideas están en Dios, en el hombre y en la naturaleza.

También se puede definir el retrato intelectual y oral de las operaciones naturales de los seres, o aún más, si se quiere, el límite y la linde de las propiedades de los seres, y aquellas medidas que no podrían pasar sin extraviarse y desnaturalizarse, lo que llevó a alguien a decir que los números eran la sabiduría de los seres y lo que les impedía volverse locos"[22].

Notemos la diferencia entre las matemáticas, diría yo, fieles a la intención de Saint-Martin, las matemáticas sagradas, y las matemáticas profanas. En aquellas, el principio es reconocido, ninguna confusión es posible incluso por lo alto. Sin embargo, los partidarios de ésta última la confunden con su principio, por reducción o aniquilamiento del principio, puesto que son "*dos cosas distintas aunque reunidas necesariamente"*[23].

"Los números no son en absoluto un álgebra, querido hermano, los hombres son los que los han reducido algunas veces a ello, sólo son la expresión sensible, visible o intelectual, de diversas propiedades de los seres que proceden todos de la única esencia"[24].

Pero, a Saint-Martin, le gusta demasiado el lenguaje como para no jugar con las palabras o andar con equívocos. La ley de las correspondencias hace de este juego un juego científico.

¿Los números nos son un álgebra? Más vale decir, y es mejor decirlo, y Saint-Martin lo dice, que los números son *"un álgebra de las realidades"*. Frente al álgebra, la apariencia.

Puesto que "*hay realmente unas matemáticas y una aritmética universales, que acompañan a todas las leyes y todas las operaciones de los seres"*[25].

Ahora bien ¿qué sería una aritmética sin operaciones? Los números, en teosofía, se dejan manipular.

"No hay nada más delicado que la manipulación de los números. Las reglas son poco numerosas, toda la atención debe centrarse en el arte de aplicarlas. La adición y la multiplicación, he aquí todo el mecanismo de esta sublime ciencia. Pero, se la desfiguraría por entero si utilizara estas dos operaciones de igual modo sobre todos los números: los números de la misma naturaleza se multiplican, los que son heterogéneos sólo se suman; todo para prevenir monstruosidades"[26].

La multiplicación engendra, la adición desvela la naturaleza de las producciones. Son los dos tipos de operaciones de cálculo vivo.

Por ejemplo, sumando filosóficamente el número divino 4, tenemos $1 + 2 + 3 + 4 = 10$. Este último número es la expresión de toda existencia divina y espiritual, corporal y material temporal.

(Coincidencia: para la tradición pitagórica, la *tetracktys*, o sea, el número 4, así teosóficamente sumado, tiene en sí el origen y la raíz de la naturaleza eterna.)

Reduciendo 10 a su raíz, $1 + 0 = 1$, estableceremos que todos los seres proceden de la unidad.

"Los que han ahondado en la cantera de los números lo saben: espiritualmente, las tres regiones, divina, espiritual y natural, son similares a *un gran árbol cuyas raíces permanecen*

---

[22] *Les Nombres*, artículo nº 1, principio.
[23] *De los Errores*…, p. 364.
[24] Correspondencia inédita…, p. 262.
[25] *De l'Esprit des choses*, op. Cit., t. I, p. 316.
[26] *Les Nombres*, nº 14.

siempre ocultas en la región divina como en la tierra materna, cuyo tronco o cuerpo se manifiesta en la región espiritual por el cuadrado, y cuyas ramas, flores y frutos, se manifiestan en la región natural por la operación cúbica; reconocerán por aquí, cuál es la relación y unión activa que debe reinar entre estas tres regiones, o entre estos tres mundos, ya que tienen una raíz común, y ya que hay cuadrados espirituales que se extienden hasta en la región natural y cubos naturales que se realizan en la región espiritual, mientras la unidad divina, como la savia que lo produce todo y lo llena todo, opera al mismo tiempo y de acuerdo con las regiones espirituales y naturales, porque influye sin tregua de modo invisible por su propia raíz, por su propio cuadrado y su propio cubo, para vivificar los cubos, los cuadrados y las raíces de todos los demás números y les hace operar ahí, a su vez, cada uno según sus propiedades y sus virtudes. Reconocerán que, aunque el ser uno no se desplaza él mismo en todas estas regiones, es sin embargo por influencia de su raíz, de su cuadrado y de su cubo que todas las obras y todas las producciones espirituales y naturales parecen completas y revestidas todas por este carácter tan expresivo de la unidad que nos enseña a nuestro Dios por todas partes, y por todas partes la ayuda armoniosa de todas sus facultades y poderes"[27].

La reciprocidad se desprende: para saber, hay que hacer cálculos. Las reglas del verdadero cálculo son tan fijas como las (reglas) del cálculo convencional. Sin embargo, aplicando las primeras, llegamos a verdades de primer orden. Porque si los números reciben su valor de la naturaleza de las cosas, a través del cálculo verdadero nos conducen a su interior. Al menos los números verdaderos. Pero cuántos son los números de las matemáticas sagradas.

La operación dada como ejemplo es típica.

En efecto, los números, en aritmosofía, como en la aritmética de los maestros (de escuela) son indefinidos. (Lo indefinido es del orden de la cualidad: los números lo pueden sugerir, sus series no lo podrían alcanzar).

Una infinidad de números, pero la década es fundamental. Todos los desarrollos están simbolizados ahí, número por número, que otros números explicitarán. Todos los números están contenidos ahí.

Los pitagóricos leían también esto en la *tetracktys*, puesto que si el total de ésta son 10, encierra el 1, que es el nombre, el 2 que es la línea, el 3 que es la superficie y el 4 que es lo sólido, o sea todas las cosas. Saint-Martin propone una demostración parecida.

Pongamos aparte el 2 y el 5, que son los números del mal. Todos los números ejercen su actividad en este mundo o en el otro. Recordemos que los tres o cuatro mundos se reducen, bajo ciertos aspectos, a dos: y el hecho de que sean dos manifiesta que es malo lo que sean.

La materia sigue las leyes del 3, del 6 y del 9.

Del espíritu verdadero (pues el espíritu malo existe, el espíritu falso que lleva el número correspondiente a su carácter que es el 5), el reino está gobernado por el 1 -primero, principio-, el 1 y el 10, por el 8, el 7 y el 4.

Las tres clases se vuelven dos: la clase del espíritu, y sólo el espíritu digno de sí mismo es el verdadero espíritu; y la clase de lo que no es espíritu.

"¿Cuál es el cuadrado de las cosas? Por un lado, hay uno, cuatro, siete, ocho y diez. Por otro hay dos, tres, cinco, seis y nueve"[28].

Ya que estos dos o tres (o cuatro) mundos lo encierran todo y que el total de los números que expresan las propiedades y las leyes de sus huéspedes son diez; diez es suficiente, como base.

[27] *Les Nombres*, nº 1.
[28] *L'Homme de désir*, 1802 (fac-sim. Olms, 1980), ch. 238, t. II, p. 163.

Pero innumerables son las operaciones numéricas. Gracias a ellas, los números verdaderos se hacen productores de vida, de orden y armonía; los números falsos confiesan que no engendran nada e imitan la verdad. Innumerables y complejas. Sólo tendremos oportunidad de considerar los diez primeros números y las operaciones más sencillas. Pero son los números principales y las operaciones más fructíferas. Este es el eje de la tarea.

Antes, echemos una ojeada al amplio estudio de estos números que no son números ordinarios sino que son los únicos números en realidad.

"Cada número expresa una ley, sea divina, sea espiritual, buena y mala, sea elemental, etc., como pueden ver en el libro de diez páginas (alegoría impresa en mis obras) que es lo que distingue estos mismos números en sus diferentes clases, son las raíces de las que proceden; que estas raíces sólo se conocen por la multiplicación, porque desempeñan el papel de factor, mientras que la adición, al dar solamente un producto, nos deja en la incertidumbre de la clase a la que debe pertenecer este producto: por ejemplo, en el orden divino, 3 es el ternario santo, 4 es el acto de explosión, y 7 el universo producido y la infinita inmensidad de las maravillas de esta explosión. En esta clase, los números se niegan a cualquier operación de la mano del hombre; y si llegara a uno de ellos por el resultado de mis manipulaciones, no por ello describiría estos números divinos, porque sus raíces nacen de su propio centro y deben expandirse en vez de contraerse por adiciones. En el orden espiritual, particularmente en el orden del hombre, estos números ya se alejan de la esfera divina: por lo tanto, podemos manipularlos, y nos seguirían devolviendo la representación de las mismas maravillas, pero simplemente como imágenes, y como los akarim *de los Hebreos, o sea, como viniendo a continuación. Sólo hablo aquí de los derechos del hombre, puesto que su esencia, siendo la continua obra de la Divinidad, no me atrevería a calcularla, lo que me lleva a decir que teníamos alguna afinidad en el número con Dios. Sin embrago, en cuanto a nuestros derechos, el número 3 sólo nos pertenece por el número 12 reunido o sumado; el número 4 sólo nos es conocido por su propia explosión o multiplicación que son 16; y el número 7, que es la reunión o la suma de 16, nos describe una supremacía temporal, 3, y espiritual, 4, o la inmensidad de nuestro destino de hombre, sin que por ello merezcamos el reproche de igualar a Dios, dado que a pesar de nuestra soberbia similitud con Él, tenemos una diferencia inconmensurable con Él; diferencia que no podríamos ostentar si nos describiéramos lisa y llanamente como Él, por los números que miraríamos como primitivos, en vez de verlos sólo como resultados. Esta pequeña muestra les puede dar una idea de la vasta carrera de los números, ya que sus propiedades, sus virtudes y sus diferencias se extienden y se multiplican tanto como las cosas a las que se les puede aplicar"*[29].

La muestra habrá dado una idea. Sin extendernos, profundicemos. Sólo lo podemos hacer siguiendo el eje de nuestro estudio. Este eje es la figura de un periodo de 10 días (decadaria). Lo sencillo y lo sublime se mezclan, a imagen de la unidad que es de hecho el origen y el final, como el de todos los seres. Ahora bien, esta figura está transformándose.

Primera transformación: *"... cada número expresa una ley, bien divina, bien espiritual, buena y mala, bien elemental, etc., como lo pueden ver en el libro de diez páginas..."*

He aquí este libro:

EL LIBRO DE DIEZ PÁGINAS

La sabiduría de los números -compendio del saber universal, extracto de la teosofía- está simbolizada por un libro de diez páginas. El hombre, en su estado primitivo, tenía la propiedad

[29] Correspondencia inédita…, pp. 220-221 ("Akarim": este adjetivo, aquí en plural, que puede ser usado substantivamente, significa, según su raíz, "viniendo a continuación", "siguiente" y, de forma general, "otro". Así, este es el término que el Eterno utiliza, en Éxodo 20:3, a fin de denunciar a los falsos dioses).

y la inteligencia, a las cuales estaban ligados unos privilegios inexpresables. Estas diez páginas encierran todas las luces y todas las ciencias de todo lo que fue, que es y que será[30].

Después de la caída... Pero primero hojeemos el libro.

Instruido por Saint-Martin, expondré el índice:

1. *Del principio universal o del centro de donde emanan continuamente todos los centros.*
2. *De la causa ocasional del universo.*
- *De la doble ley corpórea que sostiene el universo.*
- *De la doble ley intelectual actuando en el tiempo.*
- *De la doble naturaleza del hombre y de todo lo que está compuesto y formado por dos acciones.*

3. *De la base de los cuerpos.*
- *De todos los resultados y producciones de todo tipo.*
- *De los seres inmateriales que no piensan en absoluto.*

4. *De todo lo que es activo.*
- *Del principio de todas las lenguas, sea temporales, sea fuera del tiempo.*
- *De la religión y del culto del hombre.*
- *De los seres inmateriales que piensan.*

5. *De la idolatría.*
- *De la putrefacción.*

6. *De las leyes de formación del mundo temporal. De la división natural del círculo por el radio.*
7. *De las causas de los vientos y de las mareas.*
- *De la verdadera ciencia del hombre.*
- *De la fuente de las producciones intelectuales o sensibles del hombre.*

8. *Del ser real y físico, activo e inteligente, que es el único apoyo, la única fuerza y la única esperanza del hombre.*
- *De la justicia y de todos los poderes legislativos, incluidos los derechos de los soberanos y la autoridad de los generales y de los jueces*

9. *De la formación del hombre corpóreo en el seno de la mujer.*
- *De la descomposición del triángulo universal y particular.*

10. *Guía y complemento de las nueve páginas anteriores.*

Observemos que colocando las páginas del libro primitivo en círculo, la décima toca la primera.

Nada puede existir que no pertenezca a una de estas páginas. El teósofo se instruye de cada ser después de haberlo localizado en el libro, según sus propios indicios.

Ahora bien, desde la caída, el hombre ha guardado este libro, pero se ha olvidado de cómo leerlo. Ahora sólo puede descifrar las páginas una tras otra. Y muchos lectores se quedan en el camino.

Dentro de todas, graves son los errores que se cometieron con la cuarta página, que contiene las leyes del ser pensante, de su culto y de su religión.

Primer error de esta especie: se sustituyó la página 5 por la 4; la idolatría se hizo con el sitio de la verdadera religión.

Segundo error: después de coger una burda idea de las propiedades relacionadas con esta página 4, creyeron poder aplicarla a todo, incluso a objetos a los que para nada les podía convenir. Más bien por Ignorancia, necedad, que por malicia, ya que la operación no estaba

[30] Sobre el Libro de diez páginas, ver *De los Errores y de la Verdad*, ed. cit., pp. 255-257.

dirigida contra el primer principio. Pero, ¡cuánto tiempo perdido en buscar la cuadratura del círculo!

Por fin, el hombre se creyó a veces en posesión de los privilegios que esta cuarta página le podría comunicar. Entonces, la idolatría no es la que reina, sino los dogmas y las religiones que florecen en abundancia.

Por tanto, *"la alegoría de las diez páginas ofrece claramente las diferentes posibilidades relacionadas a lo diez números intelectuales; basta con añadir que de sus diferentes combinaciones se deriva la expresión de todas las leyes y acciones de los seres, cualesquiera que sean, como de la combinación activa de los diferentes elementos procede la variedad infinita de todas las producciones corpóreas y de los fenómenos elementales".*

En Lyon, en los círculos en que se daban lecciones a los Élus Cohen, la idea de Martinez mantenía y difundía números que habían sido expresados bajo una forma que Saint-Martin, que era del círculo, retomó casi textualmente en la definición en la que, hace poco, empezó por inculpar al álgebra. Pero el discurso de 1775, en el cual la definición de Saint-Martin (saint-martinista) es parecida, termina subrayando la utilidad de esta anti-álgebra. Volvamos a leer la definición e insinuemos el fin de la aritmosofía:

"Los números son la expresión del valor de los seres, el signo sensible y al mismo tiempo el más intelectual que el hombre pueda emplear para distinguir sus clases y sus funciones en la naturaleza universal".

Los títulos de las diez páginas reagrupan las propiedades de cada número, pero no se explican de por sí. Inscribamos pues, bajo cada sección de cada número, las propiedades correspondientes.

A modo de advertencia: las generalidades sobre la aritmosofía han establecido esto, y exige una observación: cada número expresa una ley en cada uno de los reinos; esta ley es análoga a los reinos que a su vez se corresponden. Por otra parte, cada ser, bajo aspectos diferentes, obedece a leyes diferentes, expresadas por números diferentes. Así, *"el agua sólo es cuaternaria en relación con el fuego. Es binaria por su cualidad horizontal, quinaria por su carácter caótico, octogenaria (de ocho) por su cualidad restauradora"*[31].

Quien no se diera por enterado, al utilizar la siguiente lista, se arriesgaría, por falta de sutileza, a tratar al álgebra de las realidades como a la de las apariencias. Dañaría así la primera sin por ello hacer buenas matemáticas.

Recorramos la serie de los diez primeros números[32]:

1

1 existe. Mejor dicho, es. Absoluto y absolutamente. Concebido sin la asistencia, incluso obligada, de los demás números. Principio, en verdad, más que número. De este modo ocurriría que 3 fue el primer número impar, y 2 el primer número, 1 limitándose a ser el primero, a ser. Real y existiendo por sí mismo, es la verdad.

1 atraviesa la década, traza una línea de vida donde despuntan los números, y luego les abandona de algún modo, excepto la energía con la que les ha cargado. 1 vuelve a su unidad primera. Todos los números tienen y conservan la existencia.

1 fija los centros.

[31] Pensamientos sobre las ciencias naturales (París, 1966-1982; B.N. impreso), nº 6.
[32] Las asignaciones que siguen han sido extractadas según la obra de S.M.

El sol es su imagen, sin más, pese a tantos antiguos, arcaicos y anticuarios. Aunque el sol no es nada más que una unidad temporal. Pero ésta simboliza la unidad eterna.

En el Mesías, el alma divina lleva el 1: ¿acaso no es mucho más que divina?

Por analogía, el germen de los animales lleva lo mismo: menos que la divinidad pero animados.

También el principio del aire, que su carácter inmaterial excluye del grupo de los elementos, y por esta razón.

1 no tiene color. Es evidente.

"Cuando contemplamos una verdad importante, tal como la potencia universal del Creador, su majestad, su amor, sus profundas luces, u otro de sus atributos, nos dirigimos por completo hacia este supremo modelo de todas las cosas, todas nuestras facultades se suspenden para llenarnos de él, y entonces realmente sólo formamos uno con él. He aquí la imagen activa de la unidad; y el número 1 es, en nuestras lenguas, la expresión de esta unidad, o de la unión indivisible que existiendo íntimamente entre todos los atributos de esta unidad, debería de existir igualmente entre ella y todas sus creaciones y producciones. Pero si, después de dirigir todas nuestras facultades de contemplación hacia esta fuente universal, dirigimos la mirada sobre nosotros mismos y nos llenamos de nuestra propia contemplación, de modo que miremos como principio de algunas de las luces o satisfacciones interiores que esta fuente nos ha proporcionado, en este mismo instante establecemos dos centros de contemplación, dos principios separados y rivales, dos bases que ya no están relacionadas; por fin establecemos dos unidades, con la diferencia de que una es real y la otra es aparente[33]".

Por lo tanto, al 1 no se le puede hacer producir nada, tampoco quitarle nada. Es imposible que 2 nazca de 1. Si algo sale de él por violencia, sólo será ilegítimo, y como una disminución de sí mismo. La totalidad pasa a la cualidad de mitad o medio, y he aquí al rebelde, al binario.

2

2 procede pues de una disminución. Sin embargo "*esta disminución por el centro no impide que la unidad permanezca completa, ya que la alteración no la puede afectar sino sólo al ser que la quiere atacar y que no recibe nada más de ella que por medidas partidas, en vez de recibirla por entero y en plena medida. Por eso el mal es ajeno a la unidad. Sin embargo, como algo de ella en el ser disminuido, esta disminución incitó al centro a moverse para rectificar este 2 o esta mitad, y eso sin que el centro se saliera de su rango, ya que la unidad es indivisible; ahí está el más sublime de los misterios y la fuente inagotable de las maravillas donde el alma y el espíritu del hombre pueden beber de la fuente*"[34]. 2, diría yo, o la ausencia respetada, pero deseada por compasión.

¡De ello se deduce que la aritmosofía es en verdad una rama de la teosofía!

2 es la causa ocasional del universo en que todo lo que está compuesto, todo lo que tiene forma -todo lo que le pertenece- procede de una acción doble: acción y reacción.

La diada es el germen de los vegetales, el número del agua. Pero primero es el número de la separación, del exilio. También de la confusión, pero no sin relación.

Tampoco sin relación 2, vía de las cosas corruptibles, sabe, a propósito, por cierto, reconducirlas a la pureza.

[33] *Les Nombres*, nº 1.
[34] Ibid.

3

3 marca todas las cosas creadas porque presidió su creación. Recordemos los dos, tres y cuatro mundos.

Es el número de la ley directriz de los seres y del comienzo de las cosas materiales.

Número de toda producción a imagen del triángulo. El triángulo: un centro, sin duda alguna fijo, pero tres ángulos que son móviles.

Hay tres principios espirituales en cada cuerpo. En los cuerpos de materia, tres elementos. La tierra, segundo de estos, forma parte de ello a título particular.

Del hombre, el tres hace una trinidad, imagen de la trinidad increada.

Pero en el Mesías, el cuerpo lleva el 3, que es también el germen de los minerales.

4

4, si 3 es el ternario santo, 4 es el número de su explosión. Quizás (me atrevo a proponer) porque 4, y no 3, es el número de la esencia divina. 4 va a la emanación como 3 a la creación.

Sin embargo, 4 es el número universal de la perfección. Sin él, nada de conocimiento. Es el número típico de la manifestación divina. Número, pues, de toda acción. ¿Qué acción o qué movimiento, cualquiera que sea su rango en la escala de los seres, permanece extraño al acto del 1?

4 reina sobre todo lo que no es corpóreo y sensible. Es el número de cada centro particular, el número del fuego en el centro de cada cuerpo, el principio de este tercer elemento, sin duda primordial, y del color verde.

Al hombre, 4, también su número, le recuerda el supremo rango que era suyo antes del crimen y de la caída consecutiva; le recuerda los derechos naturales donde Dios le ha mantenido.

El cuadrado es uno. Encierra la circunferencia como el hombre en el corazón de su imperio encerraba, en aquel entonces, todas las regiones del universo. La cuadratura del círculo tiene un sentido metafísico, y el cuadrado, que es uno, corresponde a la línea recta.

Imagen de la acción divina, 4 se encuentra en los 4000 años que acotan, según la cronología sagrada, una fase de esta acción; en la lanza simbólica constituida por cuatro metales diferentes que armaba a Adán protoplasto; en el tetragrama que denomina por excelencia a Dios. Pero el número de Dios, que es la lanza, cuyo nombre simboliza la palabra perdida, no es su nombre, no es Dios. El número nunca es idéntico a ningún ser, pero la equivocación nos costaría aquí más caro que nunca.

Cómo 4 no marcaría el alma divina del hombre, mas, en la del Mesías, ¿sólo el alma sensible?

5

5 goza de una virtud singular: es fundamentalmente malo.

El principio del mal, el principio perverso, es el quinario. De ahí, por ejemplo, cinco partes innatas en todas las formas. Su color: el bronce, el bronce de Tubalcaín. Da que soñar, pero es una pesadilla.

6

6 está relacionado con toda operación; pero no como agente individual, sino como medio necesario para todo agente, para la eficacia de cualquier acción. Modo de toda operación, cualquiera que sea, modo pero no principio ni agente de la creación en general.

6 expresa la relación co-eterna de la circunferencia divina con Dios, de las manifestaciones energéticas de Dios con su esencia. ¿Qué es, en efecto, esta circunferencia? Dos triángulos, por una acción mutua, lo engendran. Seis triángulos equiláteros la constituyen. La circunferencia se cierra, pues, al cabo de seis días que llenaron las seis acciones divinas, respectivamente. ¿Será por ello que seis regula la marcha de la música?

Número de la creación y de los días de la creación, 6 es más bien el número del penúltimo día, cuando los animales surgieron, y muy generalmente de la duración de las cosas temporales. De los animales, decía, y por lo tanto de su alma sensible, del hombre.

Más que el número real y activo, 6 es la ley de todos los números.

7

7, ¡oh divino poder en sí! Oh espíritu del que todos los frutos son múltiples y que opera tanto en el cuerpo 3, como en el espíritu 4, relativo al cuerpo.

Del santo ternario que emerge, creo yo, de la esencia cuádruple cuyo número proyecta en la acción; de este ternario, cuando explosiona, 7 se convierte en el número. Las maravillas que prodiga tienen al septenario por símbolo, empezando por el arco iris.

7 es el cuerpo de 4, como 6 es el cuerpo de 7.

Su color puede ser, o bien azul, el azul celeste, o bien el verde, ya que manda en la vegetación.

8

8, número del Reparador, el Cristo. Todas sus demás cualidades están ligadas a este privilegio. Para ello, no hay que olvidar que el Cristo monopoliza dos nombres y cuatro números (los números de unos y de otros se multiplican); y ejerce una acción, dual a su semejanza, sobre los cuatro mundos. La misma doble fuerza espiritual había sido confiada al primer Menor para que manifestara la gloria y la justicia del Eterno contra los espíritus prevaricadores. Martinez lo enseñaba, Saint-Martin lo creyó junto con el resto.

9

9 pone el límite espiritual. Por este número, uno expía. Al espíritu, el 4; a la materia, el 9; y a la extensión, a la línea circular, al negro, a los cuerpos, en particular al cuerpo del hombre, de todas las partes del cuerpo y cada una de ellas.

Por este número, uno expía; por él también se desvanece el instrumento de la expiación cuya irrealidad ontológica indica, pero por este mismo hecho, aparente mientras dure la conveniencia.

9 termina las cosas temporales; número de la disolución final a la que está condenada la materia, puesto que su esencia se denomina -a falta de ser otra cosa- la nada.

El hombre se extravió yendo del 4 al 9. Su vocación es volver del 9 al 4, de las cosas pasajeras a las verdades fijas e intelectuales.

10

En el septenario y el ternario temporal, el cuaternario esencial de Dios y sus energías senarias (para hablar sólo de los números cualitativamente positivos) se unen, imagen de Dios mismo. Su primera imagen. Puesto que 1 es primero, pero en absoluto imagen. Uno siendo, es nada, primera nada.

En 10 todos los seres se reconcilian en su unión con el uno.

(Hipótesis: 8 + 2, incluso 1 + 9, lo corroboran. Pero la atracción de uno vale, en el primer caso, la recapitulación en Cristo, y en el segundo caso, la vuelta a la nada por causa del carácter relativamente malo de los seres numerados por 2 y 9).

El blanco es una síntesis de colores fundamentales. Excluye cualquier mancha. Es el color del 10.

0

¿Y el 0? No es un número, dirán, esta cifra sin contenido real. Entonces, ¿Porqué hacerle sitio en la aritmosofía? Precisamente a fin de significar esta irrealidad que corresponde a su afectación natural. 0 marca el universo. A él la movilidad de las fuerzas, igual que al 1 la fijeza de los centros -potencias- ángulos y centros de las producciones siempre triangulares. Pero, miren en lo que se convierte -el cero, el universo- cuando se junta con la unidad: Se convierte en 10. Pero hay un fin en 10 y es la suma de 1 + 0.

La décima página del libro primitivo del hombre colindaba con la primera. Henos aquí, como conviene, en el retorno. Pero es el retorno divino.

"Todo es verdad en la unidad, todo lo que es coeterno con ella es perfecto. Todo lo que se separa de ella está alterado o falseado"[35].

Los números, Saint-Martin, la teosofía, no han dicho jamás otra cosa y nunca dirán otra cosa.

Continúenos sacando de este axioma (la palabra es apreciada de Saint-Martin) algunos de esos tesoros más acuñables. Y permanezcamos aún un poco más con los números.

Dos figuras de ensamblaje ayudarán a unir lo que está disperso -al nivel de la aritmosofía como en el campo análogo de la humanidad desconcertada pero buscando.

ESTUDIO DEL CÍRCULO NATURAL

Según Saint-Martin, una figura estructura los principales datos de su aritmosofía. Asienta las bases de una filosofía realista, garantiza una mística bípeda y abre la perspectiva de una teosofía. Contemplémosla y escuchemos el comentario del *Philosophe Inconnu* sobre el conjunto. Los Números se organizan, acabando de desfilar uno a uno y ejerciendo de docentes aquí:

"Independientemente de las pruebas numéricas que encontramos en la adición teosófica de 3 y de 4 para asegurarnos de que 4 es un número central y 3 un número de circunferencia..."[36]

Abramos un paréntesis con un ejercicio práctico.

En el verdadero orden, radical, divino, no hay en absoluto números; 1 lo es todo, y no hay nada más que 1 y 10; 1 por la esencia, 10 para las operaciones y los productos. El 10 y el 1 son el principio. 1 es el centro. Además, la adición teosófica de 10 (1 + 0) es la unidad. Ahora bien, 4 remonta directamente a 10 por su adición: 1 + 2 + 3 + 4 = 10 = 1.

3, sumado teosóficamente, es, por su parte: 1 + 2 + 3 = 6. Ahora bien, "*la circunferencia está compuesta de seis triángulos equiláteros. Es el producto de dos triángulos que se accionan uno al otro. Es la expresión de seis actos de pensamiento divino que se manifestaron en los seis días de la*

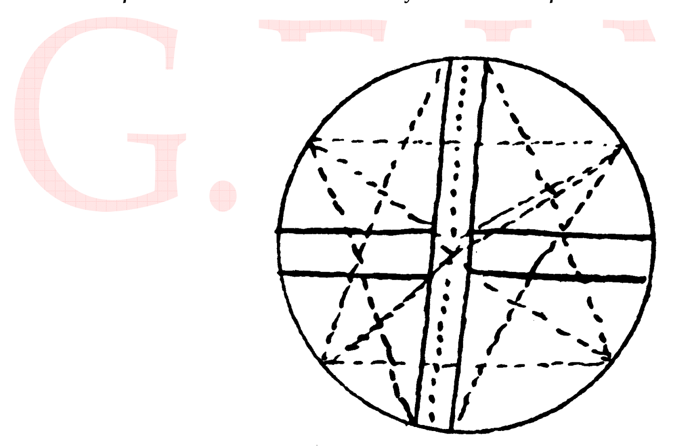
[35] *Les Nombres*, nº 12.
[36] Id., nº 20.

creación, y que deben operar su reintegración. El número 6 es pues el modo de la creación, aunque no es ni el principio, ni el agente aún"[37]. Se ha explicado el ejemplo y se cierra el paréntesis.

Volvamos a Saint-Martin:

"Independientemente de las pruebas numéricas que encontramos en las adiciones teosóficas de 3 y de 4 para asegurarnos que 4 es el número central y 3 un número de circunferencia, las leyes geométricas nos dan pruebas muy convincentes para que distingamos nuestro origen del de la materia, para mostrarnos nuestra superioridad sobre toda la naturaleza física, nuestras relaciones directas con nuestro principio y la duración inmortal de nuestro ser que ha sacado la vida de la misma inmortalidad.

Todas estas verdades se encuentran escritas en el círculo dividido naturalmente en seis partes. El círculo natural se formó de manera diferente del círculo artificial de los geómetras. El centro llamado triángulo superior y el triángulo inferior que, reaccionándose mutuamente, manifestaron la vida. Entonces es cuando el hombre cuaternario apareció. Sería imposible encontrar este cuaternario en el círculo sin emplear líneas perdidas y superfluas, si nos limitáramos al método de los geómetras. La naturaleza no pierde nada, coordina todas las partes de sus obras unas para otras. De modo que en el círculo regularmente trazado por ella, vemos que los dos triángulos, al unirse, determinan la emancipación del hombre en el universo y su sitio con respecto del centro divino; vemos que la materia sólo recibe la vida por reflejos que surgen de la oposición que lo verdadero siente con respecto a lo falso, la luz con respecto a las tinieblas, y que la vida de esta materia depende siempre de dos acciones; vemos que el cuaternario del hombre encierra las seis regiones del universo y que estas regiones, estando ligadas dos a dos, la potencia del hombre ejerce un triple cuaternario en esta estancia de su gloria".



[Extracto de la copia de LOS NÚMEROS conservado en el fondo PRUNELLE de LIÈRE, en la biblioteca municipal de GRENOBLE. Col. R.A]

"Aquí es donde se manifiestan las leyes de este soberbio conocimiento del que los Chinos nos dejaron huellas, quiero decir el conocimiento del Kéu-Kú. El hombre, al prevaricar imitando a los primeros culpables, se alejó de este centro divino donde había sido colocado; pero, aunque se halla alejado del centro, éste permaneció en su sitio, ya que ninguna fuerza puede quebrantar este trono temible: "Sedes tua in seculum seculi" (Ps. 44:7). Desde este momento en que el hombre abandonó este puesto glorioso, la divinidad misma es la que está preparada para sustituirle y opera para él en el universo esta misma potencia de la que se dejó despojar por su crimen. Pero, en cuanto viene a tomar el sitio del hombre, reviste los mismos colores relacionados con las regiones materiales en que se había establecido primitivamente (la altura del cuerpo del hombre es igual a ocho veces su cabeza, ya que uno no se puede mostrar en el centro temporal sin colocarse en medio de todas las regiones. He aquí lo que el estudio del círculo natural puede enseñar a ojos inteligentes. La figura trazada, aunque imperfecta, es más que suficiente como guía"[38].

[37] Id., nº 19.
[38] Id. , nº 20.

El aritmósofo y el aprendiz de teósofo van a avanzar ahora en la vía de los números, en las transformaciones de una figura que es la cifra de nuestro origen y de nuestro destino.

LA TRAGICOMEDIA HUMANA ENUMERADA

"La alegoría del libro de diez páginas en la obra ya citada, ofrece claramente las propiedades relacionadas con los diez números intelectuales; basta con añadir que de sus diferentes ensamblajes y de sus combinaciones resulta la expresión de todas las leyes y de todas las acciones de cualquier ser, como de la combinación activa de los diferentes elementos resulta la variedad infinita de todas las producciones corpóreas y de los fenómenos elementales"[39].

Lo decía ya Saint-Martin, y prosigue:

"Entre los ejemplos que podría citar, me limitaré a uno solo".

En cuanto a nosotros, varios ejemplos nos han llamado la atención, cada uno en un momento dado, cada uno incitador; todos después de Saint-Martin, *aquí y allá.* Pero el único ejemplo que da aquí recoge un privilegio que no puede ser debido al capricho ni al azar, puesto que Saint-Martin es voluntario, en resonancia con su voluntarismo filosófico. El tema del ejemplo basta para dar fe de ello; además, si la pedagogía lo exigiera, este privilegio recordaría al buscador que el tema es central. Del hombre es de quien se trata, en efecto, de su origen y de su destino.

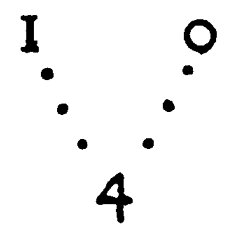
"...me limitaré a sólo uno; pero el hombre será el objeto, como lo es de esta obra, y por esto podremos aprender a juzgar los ejemplos que callaré y las demás propiedades de los números".

Este será el esquema regulador en el lenguaje de los números.

"Los filósofos antiguos nos transmitieron la adición del número cuatro, la cual siendo diez el resultado, ofrece un medio natural de leer a descubierto la inmensa virtud del cuaternario; los nuevos filósofos se conformaron con ridiculizar todas estas ideas numéricas, sin comprenderlas ni refutarlas.

Hemos visto en esta obra cuál es el destino original del hombre, que debería ser el signo y el ministro de la divinidad, en el universo; hemos visto también que estaba marcado del sello cuaternario.

Es muy singular que este sublime destino del hombre se encuentre escrito en las expresiones de los antiguos filósofos. Puesto que, llevando el número cuaternario hasta el resultado de todas las potencias que le constituyen, restituye dos números o dos ramas que, estando unidas, forman el número diez en esta materia:



[39] Todas las citas del presente epígrafe están sacadas de la "Tabla natural de las relaciones que existen entre Dios, el hombre y el universo", 1.782 (fac-sim. Olms, 1980), t. II, pp. 135-147.

Ahora bien, el número cuatro, encontrándose colocado entre la unidad y el número diez, ¿no parece tener la función de hacer comunicar la unidad hasta la circunferencia universal o el cero? O, mejor dicho, ¿no parece ser el intermedio colocado entre la sabiduría suprema, representada por la unidad, y el universo representado por el cero? Aquí está la figura natural:

1...4...0

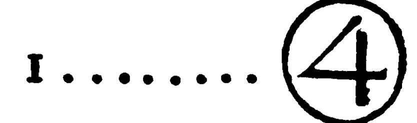
Trazo aquí esta figura por caracteres numéricos primitivos, que se atribuyen a los árabes, entendiendo que nos han sido transmitidos por ellos, pero que los sabios de esta nación reconocen pertenecer a pueblos más antiguos.

Estos caracteres, que, para ojos ejercitados, llevan la huella exacta de los más altos secretos de las ciencias naturales y físicas, no pueden haber sido trazados por el común de los mortales, sino por sabios y de entre ellos, por manos aún más puras, que les ayuden a marchar con paso firme en el camino de las verdades.

Se puede, pues, por la ley de los números y por la figura que acabo de trazar, convencerse de la primera dignidad del hombre, que correspondiendo con el principio de la luz hasta los seres más alejados de ella, estaba destinada a comunicarles las virtudes.

También encontrarán en estos números el camino por el que el hombre pudo perderse.

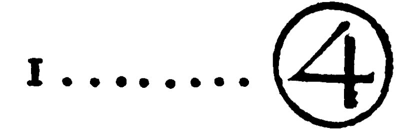
Si, en vez de mantenerse en el centro de su eminente puesto, el hombre o el cuaternario se alejó de la unidad y se acercó a la circunferencia representada por el cero, hasta confundirse y encerrarse ahí; desde entonces, se ha hecho material y tenebroso como ella y he aquí la nueva figura que su crimen produjo:



¿No podríamos incluso encontrar huellas de esta unión del cuaternario al cero, en el número de días necesarios para que el feto del hombre tenga la vida? Puesto que los fisiólogos nos aseguran que hacen falta casi 40 y entonces sería difícil dudar que tal hubiese sido la fuente y la continuación del crimen del hombre, ya que este número se describe delante de nosotros en la reproducción de la especie humana.

Sin embargo, observemos, para aliviar la inteligencia del lector, a quienes estas verdades pueden parecer muy ajenas, que no hace falta aplicar este número de 40 días al crimen del hombre, como no lo vemos reinar hoy en su reproducción corpórea. El número actual de esta ley no es nada más que una consecuencia y una expiación del número falso que actuó anteriormente.

Por fin, encontramos otra vez en esta figura sencilla una prueba evidente de todos los principios enunciados anteriormente sobre la necesidad de la comunicación de las virtudes superiores hasta en la desgraciada estancia del hombre.



De uno hasta diez, hay varios diferentes números que mantienen todos por algún lazo particular una relación con el primer eslabón de la cadena, aunque tengamos el derecho de separarlos para considerarlos bajo un aspecto particular. Si el cuaternario, o el hombre, se hubiese bajado hasta el extremo inferior de esta cadena, o hasta el cero, y sin embargo el principio supremo le hubiese elegido para su régimen representativo, ¿no haría falta, para que pueda recobrar el conocimiento de lo que perdió, que todos estos números o todas estas virtudes superiores o intermediarias entre uno y diez, descendieran

hacia él, hasta en su circunferencia, puesto que no tiene el poder de pasar el límite que le está prescrito, para remontarse hasta ellas. Ahí están todas las potencias de subdivisión cuya correspondencia con el hombre he expuesto, apoyada en todas las tradiciones y alegorías de los pueblos.

Sin embargo, esto no es suficiente en absoluto para la entera regeneración del hombre: si la unidad no hubiese penetrado hasta la circunferencia en que mora, no habría podido recobrar la idea completa y se habría quedado por debajo de su ley. También hizo falta que esta unidad estuviese precedida por todos los números intermediarios, porque el orden, siendo invertido por el hombre, él sólo podrá conocer la primera unidad que abandonó después de conocer todas las virtudes que lo separan de ellas.

Esto arroja una gran luz sobre la naturaleza de esta manifestación universal cuya necesidad reconocimos para el cumplimiento de decretos supremos.

Puesto que, sea cual sea el agente encargado de operar, es cierto que no ha podido ser inferior a los agentes particulares que sólo manifestaron las facultades superiores en sus subdivisiones y si estos agentes particulares, aunque limitados a virtudes parciales, representaron sin embargo las potencias de la sabiduría, sin la cual hubiesen sido inútiles a sus designios, con mayor razón el agente universal debería ser el depositario de los mismos derechos y poderes.

Así, esta manifestación universal de las potencias divinas, al suceder las leyes rigurosas de justicia que resultarían de la subdivisión de estas fuerzas, debió de ser el colmo a todos los bienes que el hombre podía esperar, al devolverle la vista de estas verdades positivas, entre las que tomó su origen.

Convengamos a la vez que no hacía falta nada menos que un agente revestido de tal poder, para levantar al hombre de su caída y ayudarle a restablecer su semejanza y relaciones con la unidad primera.

Si por el más elevado de los hombres todos los males de su infeliz posteridad han sido engendrados, era imposible que fueran redimidos por ningún hombre de esta posteridad: porque habría que suponer que seres degradados, desprovistos de todo derecho y de toda virtud, estarían más iluminados por la luz misma: haría falta que la debilidad estuviese por encima de la fuerza. Ahora bien, todos los hombres están en este estado de debilidad, si están ligados por las mismas trabas, ¿dónde encontrar entre ellos a un ser capaz de romper y desatar sus cadenas? Y, en cualquier lugar donde se escoja a este hombre, ¿no estaría obligado a esperar que vinieran a romper las cadenas suyas?

Por lo tanto, es verdad que todos los hombres, estando respectivamente en la misma impotencia y sin embargo estando todos llamados por su naturaleza a un estado de grandeza y libertad, sólo podrían restablecerse en este estado por un ser que fuera igual a ellos; lo cual prueba que el agente debe ser por sí mismo más que el hombre.

Pero, si llevamos la mirada por encima de las virtudes del hombre, no podemos encontrar nada más que las virtudes de la divinidad, ya que este hombre emanó de ella directamente, sin la ayuda de ninguna otra fuerza intermediaria. El agente del que hablamos, teniendo más que las virtudes del hombre, no puede tener nada menos que las virtudes de Dios, porque no hay nada entre Dios y el hombre.

Hay que convenir pues, que si la virtud divina no se hubiese dado ella misma, jamás el hombre hubiese podido recobrar el conocimiento de ella [la virtud]: por lo que nunca le hubiese sido posible remontar hasta el punto de luz y grandeza donde los derechos de su naturaleza le habían llamado; de modo que el sello del gran principio hubiese sido impreso en vano en su alma; el gran principio mismo hubiese fallido en la más bella de sus potencias, el amor, la bondad, por los que proporciona sin tregua al hombre los medios para ser feliz; por fin este gran principio hubiese sido decepcionado en sus decretos y en la convención imborrable que le liga a todos los seres.

Cuando anuncio que no hay nada entre el hombre y Dios, lo digo en el orden de nuestra verdadera naturaleza, en la que ninguna otra fuerza que la del gran principio debiera dominar. En efecto, en el estado actual, hay algo entre Dios y nosotros: y esta falsa manera de ser es esta trasposición de las potencias que, al imprimir en nosotros el desorden universal, causa nuestro suplicio y el horror de nuestra situación pasajera en el tiempo.

Nueva razón para que la virtud divina se aproxime a nosotros, a fin de restablecer el orden general, colocando todas las fuerzas en su rango natural; restableciendo la unidad primitiva, dividiendo la

corrupción que se había colocado en el centro; distribuyendo las virtudes del centro a todos los puntos de la circunferencia, o sea, destruyendo las diferencias.

Porque es una verdad a la vez profunda y humillante para nosotros, que aquí abajo, las diferencias son las únicas fuentes de nuestros conocimientos, ya que si de ahí derivan las relaciones y distinciones de los seres, son estas mismas diferencias las que nos sustraen del conocimiento de la unidad y nos impiden acercarnos a ella.

Ahora bien, uno siente que si la virtud divina no hubiese dado los primeros pasos, el hombre nunca hubiese podido tener la esperanza de volver a esta unidad. Ya que, de dos virtudes separadas, ¿cómo la más débil, la que está absolutamente impotente, remonta, sola y por sí misma, a su punto de unión?

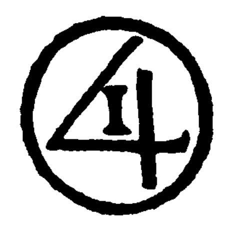
Por fin, sin este agente universal, el hombre hubiese sabido por todas las manifestaciones precedentes que había potencias y virtudes espirituales; pero nunca hubiese sabido, por experiencia, que hubiese un Dios, ya que sólo existía la unidad de todas estas virtudes que hubiese podido hacerselo conocer.

Reconozcamos pues, con confianza, que el agente depositario de la unidad de todas las potencias, algún nombre que se le da, ha debido de tener el conjunto de todas las virtudes supremas, las cuales antes de él, nunca habían sido manifestadas en su subdivisión: que este agente ha debido de llevar consigo mismo el carácter y la esencia divina y que al penetrar en el alma de los hombres, ha podido hacerles sentir lo que es su Dios.

Aquí, recordaré la figura precedente:



Que representa el estado de privación en que languidecemos todos por la separación de nuestro principio en que nos encontramos; veremos que acercando estos caracteres y haciendo entrar la unidad en el cuaternario del hombre, de este modo:



El orden universal es restablecido, porque estos tres caracteres

1 . . . 4 . . . O

se encuentran en su progresión y su armonía natural. Este orden existía sin duda en el momento mismo de la subdivisión de estos tipos, porque es indestructible para siempre; pero allí sólo existía horizontalmente, o en latitud, mientras que en la figura que los reúne aquí en el mismo punto y el mismo centro, este orden existe según su verdadero nombre y su verdadera ley, que es perpendicular.

Por fin, para hablar sin velos, sólo en esta época el gran nombre dado a los Hebreos pudo tener toda su acción. Bajo la ley de justicia, sólo había actuado externamente; hacía falta que penetrara hasta el centro para operar en el hombre la explosión general de la que su ser intelectual es capaz y para liberarle del estado de concentración al que le ha limitado su caída.

Según las ideas profundas que nos presentan estas demostraciones, no nos asombramos en absoluto de las diferentes opiniones a las que los hombres se limitaron sobre el agente universal, cualesquiera sean las ideas que ellos se hayan formado. En realidad, no existe ninguna virtud de dones ni de poder que no hayan podido encontrar en él. Unos dijeron que era un profeta; otros, un hombre profundo en el conocimiento de la naturaleza y de los agentes espirituales. Algunos, un ser superior, y por fin, otros, una divinidad. Todos tuvieron razón, todos hablaron conforme a la verdad y todas estas variedades no proceden sino de las diferentes maneras que los hombres adoptaron para contemplar el mismo objeto. El error que cometieron los primeros fue querer hacer exclusivo y general el punto de vista particular al que se enfrentaban. Los segundos, el no limitarse a la debilidad de sus discípulos y querer hacerles admitir, sin la ayuda de su inteligencia, las verdades más fecundas que la mente del hombre pueda abarcar.

Los diferentes grados de ciencia y de voluntad son pues las únicas causas de la diversidad de opiniones que imperan entre los hombres sobre este gran objeto; puesto que los hay para quienes este agente universal ha venido, otros para los que viene, y algunos para los que no sólo no ha llegado todavía, sino que ni siquiera vendrá.

Los mismos principios que han sido expuestos, nos ayudarán a descubrir cuál ha debido de ser la época conveniente a la manifestación de este agente. Porque, si fue encargado por la sabiduría suprema para la curación de los males ligados a la esfera extraña y tenebrosa donde habitamos, ha debido de seguir todas las leyes".

En el juego de esta segunda figura de ensamblaje, en siete estados, 1, 4 y 0 se combinan. Al menos, principalmente. Porque algunos puntos representan, en seis figuras, los demás números de la década. De su sitio geométrico, de su rango aritmético, se deduciría, algebraicamente, es decir, según el álgebra de las realidades, el papel otorgado a los seres que rigen en todas las categorías. Pero estos números, intermediarios u obstáculos, son subsidiarios, y aquellos números son, en efecto, los principales. Por lo tanto, la única figura donde estos puntos, estos números faltan, es aquella que enseña el orden universal restablecido.

Así, la demostración precedente que ilustra la aritmosofía de Saint-Martin, retraza, como es conveniente, las grandes líneas de su teosofía completa, pero subraya también las líneas mayores: 1, Dios creador, en el sentido amplio, y salvador en Cristo; 4, el hombre emanado y caído, llamado a regenerarse regenerando todo a su alrededor, capaz de conseguirlo; 0 el universo que participa tanto de la miseria como de la gloria del hombre del que es privativo. Este cuadro numérico de las relaciones que existen entre Dios, el hombre y el universo, repite en su combinación temas literalmente resumidos en otras partes[40] en el esquema del propio autor. Preconiza el detalle que revela el esoterismo de la metempsicosis[41]. Anuncia el método, la vía de la gran obra, que la historia del pasado del hombre le impone en el presente con el fin de alcanzar el destino con el que le gratificó.

Loado sea el Gran Arquitecto del Universo, que es Dios, por haber permitido que llegue a este día, más de doscientos años después de haber sido redactado, sin mutilaciones ni deformidades, *Les Nombres* [Los Números] por Saint-Martin.

R. A.
14 de Octubre de 1983
En el ciento cuarenta aniversario de la muerte del
***Philosophe Inconnu* [Filósofo Desconocido]**

[40] Ver "Louis-Claude de Saint-Martin, el teósofo incomprendido…", L'Initiation, oct.-dic. 1975, pp. 183-197.
[41] Id. Jul.-sept. 1976 y números siguientes.

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA

Las Fuentes de la Reintegración: Kábala y Tradiciones Orientales

René Le Forestier

[Continuación de los Boletines nº 10 y 11]

Las imágenes y los conceptos propios de la Kábala son perfectamente reconocibles en la Reintegración.

La teoría expuesta por Pasqually sobre la existencia de Espíritus antes de su emanación es, así lo ha remarcado Ad. Franck [IX, 206], *"estrictamente conforme a la Kábala"*. Al igual que, para los kabalistas, el Ain-Soph es la suma de los potenciales, al principio inmanentes, a continuación exteriorizados, Pasqually anuncia que los Espíritus *"existían en el seno de la divinidad, pero sin distinción de acción, de pensamiento y de entendimiento particular; no podían actuar, ya que sentían únicamente por la sola voluntad del ser superior que les contenía, y en el que todo estaba mudo…. Esta existencia en Dios es una necesidad absoluta; es ella la que constituye la inmensidad de la potencia divina. Dios no sería más que el padre y la madre de toda cosa, si no hubiera innato en él una fuente inagotable de seres que emana por su propia voluntad y cuando le place"* [I, 8].

Los Espíritus Denarios son una réplica de los diez Sephiroth, o atributos individualizados, por los cuales se manifiesta, siguiendo la metafísica kabalística, el Dios inmanente o Ain-Soph, y todo lo que Pasqually dice sobre esto y el número 10 se aplica exactamente a aquéllos. Como los Sephitoth, *"los primeros espíritus emanados se encontraban innatos en la divinidad, son reales e imperecederos y tienen una existencia personal, absoluta y eterna; ellos existieron siempre en el círculo divino"* [I, 176-177]. Estos Espíritus de la primera clase se llaman *"Superiores o Denarios"* [I, 309] ya que *"Diez es el número divino origen de todo ser espiritual mayor, inferior y menor y de toda ley de acción, ya sea espiritual o espirituosa"* [I, 78]. El iniciado conocía *"el gran número denario del Eterno y todo su contenido de emancipación y de creación"* [I, 326]. El Denario *"es la cifra de la inmensa circunferencia divina que ocupaban los primeros Espíritus emanados"* [I, 8]. Los diez Patriarcas de los que habla la Biblia no son más que imágenes terrestres de los Sephiroth transcendentes. *"Ningún Patriarca ha llevado el nombre de su origen material (su verdadero nombre no es conocido por el vulgo) y son todos (sus nombres secretos) diferentes los unos de los otros. Hay diez Patriarcas y hay diez nombres espirituales que operan el culto de la divinidad por su propio número denario"* [I, 364].

El tema kabalístico de los Sephiroth es posible que se haya impuesto de una forma imperiosa en la imaginación de Pasqually y que éste abandonase, por una vez, la prudencia con la que velaba ordinariamente sus fuentes. Él mismo remarca que, en efecto, la circunferencia divina que porta el Denario es *"llamada vulgarmente Dominación"* [I, 8]. Ahora bien, Dominación o Reino es precisamente el nombre de la décima Sephira, Malkuth, que representa en el sistema de la kábala la suma del mundo inteligible (primera tríada de Sephiroth), del mundo moral (segunda tríada) y del mundo físico (tercera tríada), y que era la armonía del universo. Por lo demás, ciertos detalles

del pasaje que acabamos de citar desvela la malograda fuente. Es así que Pasqually, olvidando que por todas partes atribuye a los Espíritus mayores la cifra 7, a los Espíritus inferiores la cifra 3 y que cuando la rebelión de los Espíritus perversos el Menor aún no existía, declara que, durante la primera emanación, la circunferencia divina era la estancia de *"todo Espíritu superior 10, mayor 8, inferior y menor 4"*; y la suma de estas tres cifras, es decir 22, coincide con el número de letras del alfabeto hebreo que los kabalistas consideraban como los principios que, sumados con los 10 primeros números o Sephiroth , formaban las *"treinta y dos vías maravillosas de la sabiduría"*, es decir, los tipos de todos los objetos materiales, de todos los fenómenos físicos y de todos los cuerpos.

La forma gigantesca del Adán Kadmon de la kábala, del Primer Hombre, esquema antropomórfico del universo (macrocosmos), donde los Sephiroth son las partes constitutivas, encontrando su forma reducida en el ser humano (microcosmos), proyecta su enorme sombra sobre muchos pasajes del Tratado. El Tabernáculo en el que Moisés introdujo la Ley divina es la *"imagen del mundo particular o pequeño mundo, que no es otra cosa que el cuerpo del hombre, y el Tabernáculo del Menor es el tipo real del mundo, porque contiene en su pequeña extensión todo lo que el gran mundo contiene en su inmenso espacio"* [I, 359]. *"La forma del hombre es la imagen de la repetición general de la gran obra del Creador"* [I, 97]. *"La forma corporal particular terrestre"* (cuerpo humano) que habitan los Menores *"es semejante a la de la tierra y ha sido igualmente producida conforme a la imagen del pensamiento divino"* [I, 56]. *"Al igual que los habitantes del supraceleste, del celeste y del círculo universal operan cada uno particularmente en el temible Tabernáculo* (símbolo del universo), *lo mismo todos estos diferentes seres espirituales trabajan y operan en el cuerpo del hombre con el Menor* (Espíritu menor) *que se encuentra encerrado"* [I, 353]. *"El hombre porta por su forma la figura ideal de la forma aparente* (sensible) *que surgió de la imaginación del Creador y que fue operada a continuación* (realizada) *por los obreros espirituales divinos y unida en substancia de materia aparente sólida pasiva* (sometida al sufrimiento) *para la formación del templo universal* (universo), *general* (tierra) *y particular* (seres organizados)*"* [I, 99-98].

El cuerpo humano era, al mismo tiempo que un organismo, una representación de la creación, tanto espiritual como material, donde la superioridad numérica de las influencias divinas sobre las influencias diabólicas se encuentra indicada en los dedos de las manos, de los que el medio representa al alma humana (o mejor la conciencia), el pulgar al Espíritu bueno, el índice el intelecto bueno, mientras que el anular y el meñique representan respectivamente al Espíritu y al intelecto demoníacos [I, 99-20].

Del concepto de Adán Kadmon la kábala había deducido la idea de que todo cuerpo material que sabe de su naturaleza, su dimensión, su lugar en el universo, posee un alma, un Espíritu que le mueve[42] de manera que el mundo fenoménico es un conjunto de organismos de composición idéntica. Esta idea se convirtió en la composición ternaria de los seres vivientes, artículo de fe para los ocultistas a partir del siglo XVI, y que se expresa con claridad en la Reintegración. *"Esta tierra encierra en sí misma a un ser viviente emanado del Creador y semejante a aquél que está encerrado en la forma aparente de todos los Menores"* [I, 287]. *"Todos los cuerpos católicos* (del universo) *han sido formados por la descendencia del Menor general* (anima mundi) *en la forma general terrestre* (corpus mundi) *y por la unión del Espíritu Divino*

[42] Idea que la Kábala pudo haber recibido de Platón por intermediación de los Neoplatónicos, pero que el mismo Platón pudiera a su vez haber recogido de otras antiguas doctrinas caldeas que consideraban a los astros como seres de talla colosal que se movían en el cielo.

Mayor (spiritus mundi) *con el Menor general"* [I, 161]. *"Las leyes que rigen nuestro mundo y los seres que en él viven son las mismas para todos los demás mundos y todos los demás seres que los habitan"* [I, 33], de manera que *"los habitantes de los mundos celeste y terrestre no son más que seres particulares"* (teniendo una existencia individual) a la vez materiales y espirituales [I, 334].

El Espíritu Mayor que, después de la Reintegración, fija, en el momento de la creación, *"por orden del Creador, el límite de la extensión del cuerpo general* (el universo) *y los cuerpos particulares tanto celestes* (astros) *como terrestres* (organismos vivientes) *así como las diferentes facultades y propiedades que dio a todos los cuerpos"* [I, 161], es una réplica de Metatron, adoptado por la kábala, jefe de la falange celeste que compone el tercer Mundo, el de la Formación, y que, después de haber dado la existencia al mundo material, es encargado de mantener el movimiento y la armonía de todas las esferas y sobre sus órdenes de miríadas de ángeles de los que cada una es responsable de un fenómeno natural: fases de la luna, revoluciones de los cuerpos celestes, sucesión de las estaciones, vegetación, etc…
El tipo del Reconciliador, reproducido sucesivamente por los Menores Elus, se encuentra en germen en el Zohar, donde el nombre de Moisés *"bien puede designar más que una personalidad histórica un tipo"*[43] . Esta biblia de la kábala dice en efecto que Moisés, que ya ha liberado a Israel una vez, volverá a liberarla al final de los tiempos, y anota que el Schilo [bastón de mando] del que se habla en el Génesis (XLIX, 10), tiene el mismo valor numérico que el nombre de Moisés, viendo la manifestación del espíritu de Elohim[44]. Por cierto que el Zohar admite, al igual que el Talmud, la venida de al menos dos Mesías o Redentores (Goëls)[45].

[43] Vulliaud: op. Cit. II, p. 127.
[44] Vulliaud, p. 83-85.
[45] Vulliaud, p. 93.

La potencia cuaternaria del primer Menor se convierte en la potencia Octonaria del Menor Elu, recordando la tesis de un eminente kabalista, el rabino Meïr, que afirma que en el advenimiento del Mesías cada Israelita recobrará doblemente los privilegios acordados al hombre antes de su pecado[46].

La facultad de procreación espiritual que la Reintegración proporciona a Adán en su primer estado de inocencia no es desconocida para la kábala, que enseña que si Adán no hubiese pecado, habría engendrado hijos emanados del Espíritu Santo, mientras que una vez caído sólo procreó retoños del Espíritu tentador[47].

El rol compensador asignado por Pasqually a la luna, *"que coopera por su fluido a modificar y mitigar la acción y la reacción de los dos principales jefes de la vivificación corporal, que son el eje central y el cuerpo solar"* [I, 301] recuerda la célebre *"balanza"* de los kabalistas, los cuales concebían toda existencia como resultado del antagonismo de dos fuerzas contrarias, mantenidas en equilibrio por un término medio. Este tema se reencuentra en varios lugares de la Reintegración en que la *"acción y reacción"* están presentadas como la condición necesaria de la existencia bajo todas sus formas.

La representación gráfica del universo tal y como estaba constituido antes de la prevaricación de Adán, descrito por la Reintegración, es una copia reducida del "Árbol Kabalístico" o "Árbol de la Vida" que figura en los manuscritos del Zohar; se compone de diez circunferencias, portando el nombre de los Sephiroth, ordenadas en tres columnas paralelas y unidas mediante líneas rectas que representan a los "canales"

[46] Vulliaud II, p. 110.
[47] Vulliaud II, p. 126.

que las unen entre ellas[48].

Finalmente, ciertos detalles de la aritmosofía del Tratado están directamente inspirados por la kábala. La cifra 3 que Pasqually atribuye al mundo material, corresponde a la tríada de letras del alfabeto hebreo que, en la kábala, simbolizan a los tres Sephiroth representando el aire, el agua y el fuego y que, comprendiendo de esta forma los tres elementos esenciales, está la imagen de la tierra. Pasqually ha reemplazado simplemente los tres elementos conocidos de las antiguas filosofías griegas por los tres elementos de las teorías alquímicas.

Los cuatro círculos superior, inferior, mayor y menor, tienen un cierto aire de parentesco con los cuatro mundos de la kábala: el de los Sephiroth o emanaciones del Ain-Soph, el de los Ángeles o ideas, el de los tipos de individuos y objetos, y el de los Fenómenos o mundo material.

Los seis círculos de la creación, cuyo número puede ser calculado en base a los seis días de la Creación del Génesis, corresponden a la "Diadema de las Diademas", desarrollos circulares formados por los seis Sephiroth Inferiores y destinados a atenuar la luz, muy viva, emanada del Ain-Soph, luz que destruyó los primeros mundos creados. Estos seis desarrollos permiten al Zohar comparar el universo a una nuez, cuya almendra se encuentra rodeada por varias cortezas[49]. La misma duración de seis mil años asignada al universo por la Reintegración es un concepto que aparece en numerosas ocasiones en los textos kabalísticos.

[48] El Árbol kabalístico es reproducido en *Bischoff*: *Kabbalah*, p. 101.

[49] Vulliaud: op. cit. I, p. 464. A este respecto se puede anotar que cuando Pasqually llama creación a "la realización de los seis pensamientos de Dios", emplea una imagen muy familiar a los kabalistas que denominan a menudo al mundo como "Sepher", comparándolo con un libro en el que Dios ha escrito sus pensamientos.

∴

La corriente mística, cuyos remolinos se perciben en el Talmud, que se crece en los Midraschim y en los tratados esotéricos del VIIº al Xº siglo y finaliza por hundir sus límites plenamente en la kábala, arrastra en esas aguas turbulentas materias tomadas de religiones orientales en donde habían emergido. Las más densas de entre ellas: astrología y demonología caldeas, física ioniana [islas Ioniennes, actualmente territorio griego], conceptos mazdeístas, maniqueos, sabeos y mitraícos, aritmética y geometría pitagóricas, depositados en la Reintegración en capas sedimentarias más o menos espaciadas.

Pasqually cree, como los antiguos caldeos, en la doble influencia, bienhechora o maléfica, de los astros, en la acción predominante de los planetas sobre la vida cósmica y en el papel profético de los cometas. Pero, en virtud del principio que da a todos los cuerpos un alma dotada de inteligencia y voluntad, traslada también al plano moral las influencias astrales que los caldeos concebían sobre todo desde el punto de vista material. *"Los cuerpos planetarios superiores, mayores e inferiores, están realmente construidos de vida espiritual divina y de vida corporal pasiva"* [I, 136]. *"Al igual que el alma del Menor tiene por órgano al cuerpo, los Espíritus septenarios tienen como órganos a los seres corporales"* (los planetas) [I, 123]. *"Los siete principales Espíritus que el Creador ha destinado a su universo para instruir a la criatura menor e inferior de su voluntad y elevarla por este medio y por el de la inteligencia espiritual al perfecto conocimiento de las obras divinas* [I, 202], *están también destinados a toda la creación para sostenerla en todas sus operaciones según la duración septenaria (7.000 años) que Dios le ha fijado"* [I, 203]; *"ellos presiden como jefes las diferentes acciones y movimientos de todos los cuerpos"* [I, 122] y *"operan en favor de todos los habitantes materiales del mundo terrestre"* [I, 334]. En

resumen, la acción de los Espíritus Septenarios es doble: por el número 3 (materia) actúan sobre las formas (acción de los planetas sobre la vida orgánica); por el número 4 actúan sobre el espíritu del Menor [I, 120 y 325]; de ellos emanan a la vez el *"alma pasiva"* (vegetativa) marcada por el Ternario y el *"alma impasiva"* (centella divina) portando el Cuaternario [I, 364].

Por otra parte, *"los mundos celeste y terrestre son la prisión de los Espíritus prevaricadores"* [I, 333]; a consecuencia de las influencias que provienen de lo alto pueden ser nefastos. Así pues, después de su caída, Adán se encontró *"sujeto a la inconstancia de los acontecimientos temporales y de los cuerpos planetarios, en otro tiempo inferiores a él"* [I, 275]; el Menor corre pues el mismo peligro con los astros: *"es proverbial entre los hombres el que haya malvadas influencias planetarias y esto es muy positivo"*, porque *"los círculos planetarios son susceptibles de ser habitados por seres espirituales astutos que se oponen a las potencias y combaten las facultades de las acciones influyentes buenas que los seres planetarios espirituales buenos están encargados de expandir por el mundo entero"* [I, 138].

Finalmente, *"el signo planetario"* que marca el nacimiento de Enoch *"asombra"* (asusta) a la posteridad de Seth y aún más a la de Caín… porque… comprenden que era el pronóstico del azote que el Creador iba a lanzar sobre ellos. *"Este signo no era otra cosa que una estrella no alineada en su círculo planetario y que vulgarmente se denomina cometa"* [I, 134-135].

Aunque Pasqually habla [I, 136] de *"siete estrellas que componen cada una de las constelaciones distribuidas entre los siete círculos planetarios"*, toma de nuevo una doctrina astronómica caldea recogida en el Talmud, y según la cual cada uno de los siete cielos poseía una *"fortaleza"* y cada fortaleza contenía siete estrellas[50]. Cuando habla del lugar en el que los Justos esperan su Reintegración definitiva, reposando sobre las sombras de la gran luz, denominado *"filosóficamente"* (por los iniciados) como *"círculo saturniano"* [I, 171], sigue la clasificación caldea que coloca a Saturno en el cielo más alejado de la tierra y que había introducido en el Talmud el séptimo cielo, Arabâth, cielo de Saturno, inmediatamente debajo del trono de Dios y donde se halla el Güph, dominio donde se encuentra el reservorio de las almas y donde retornarán las de los Justos después de haber recorrido victoriosamente su carrera terrestre[51].

Los puntos cardinales, conocidos desde los orígenes de la astrología, representan en la Reintegración *"las cuatro regiones celestes de donde Moisés hizo salir por las cuatro potencias divinas a los cuatro ángeles exterminadores que debían maltratar a los egipcios y al mismo tiempo velar por la defensa del pueblo de Israel"* después de la salida de Egipto [I, 253]. Las cuatro potencias espirituales que el Creador proporcionó a su Menor son aquellas por las cuales *"puede hacer uso de los cuatro jefes regionales y de todo lo que es de su dependencia"* [I, 351].

La luna, cuya influencia es decisiva para las Operaciones, es el dios Sin, el más poderoso de los dioses de Caldea, que los judíos ya habían conocido en Babilonia y del cual sus mujeres portaban el creciente en sus amuletos; el Talmud afirma que *"Israel calcula según la luna"* y *"los pueblos según el sol"*[52].

El día nictómero, que los astrónomos caldeos conocían y que parece han recibido de los Sumerios o de los Kousitas, es observado por los cuatro primogénitos de la

[50] *Bischoff: Kabbalah*, p. 40.
[51] *Bischoff: Kabbalah*, p. 4. La situación culminante del cielo de Saturno está igualmente recogida en el Libro del ángel Raziel (VIIIº s, ap. J.-C.) y por los kabalístas que lo situarán en el límite del universo sensible.
[52] Vulliaud, op. cit., II, p. 48.

segunda posteridad de Noé; *"cuando restablecieron el culto divino, ejercieron su operación espiritual cada uno durante seis horas, de donde el día presente de veinticuatro horas ha sido restablecido en su primer estado de naturaleza diaria y nocturna"* [I, 189].

Los demonios de los que Pasqually teme su ataque, como aquellos a los que la magia caldea busca para su defensa, tanto para los cuerpos como para los espíritus de los hombres; destruyen todo tanto como sobornan y tientan. *"Se ocupan sin relajarse de la degradación de las formas y de la corrupción de los seres espirituales"* [I, 147-148]. *"Los demonios tienen poderes sobre las formas corporales de materia aparente… pudiendo también destruir la forma particular"* [I, 113]. *"Los demonios han jurado disolver y destruir toda especie de creación"* [I, 111]. *"El príncipe de los demonios ataca mediante sus Espíritus intelectos la forma corporal del hombre, porque esta forma contiene a un ser menor más poderoso que ellos"* [I, 98].

Lilith, asesina de niños, que ataca a los niños hasta el octavo día y a las niñas hasta el veinteavo después de su nacimiento y que los tratados Kethubôth del Talmud de Palestina y el Sanedrín del Talmud de Babilonia recomiendan tener a distancia y no dejar jamás a ningún recién nacido dormir sin luz durante el periodo crítico, este demonio femenino, hermana del Lalu babilonio, frecuente en la imaginación de Pasqually cuando habla de *"los demonios que persiguen a los Menores en el momento en que comienzan a entrar en este bajo mundo y no pueden hacer uso de sus sentidos corporales, y que se puede percibir por los diferentes movimientos, las crisis y las agitaciones de los niños recién nacidos"*, de manera que *"no podemos dudar de que los demonios sean los autores de la forma corporal en la que el Menor es incorporado"* [I, 148].

La Reintegración ha conservado fielmente un detalle característico de la topografía mística usada en Caldea: el saber que la región del Mediodía es el habitáculo del demonio. *"Caín, después de su prevaricación, fue obligado a ir a vivir con sus dos hermanas a la parte del Mediodía donde fue relegado a permanecer fijo por orden del Creador y por la autoridad de Adán. Es el tipo de lugar a donde los demonios han sido relegados"* [I, 85]. *"Esa parte meridional ha sido maldita por el Creador, estando marcada por la Escritura por ser el asilo de los Mayores* (demonios) *y de los Menores* (réprobos) *que habían prevaricado"* [I, 85][53]. *"El cuervo procedente del Arca tomó la dirección del Mediodía para mostramos el lugar en que Caín se retiró y donde se retiró Cham y toda su posteridad"* [I, 173]. Egipto, país que esclavizó a Israel, se encuentra situado *"en la parte del Mediodía"* [I, 237]. Agar e Ismael, quitando a Abraham (tipo del Espíritu divino) fueron a vivir al Mediodía [I, 214].

∴

La teoría que Pasqually denomina el Fuego Central o *"Eje Fuego Central"* se asemeja a la que pudo venir de los físicos de Ionia, por mediación de la literatura esotérica judía.

En la filosofía pitagórica, el fuego central, mónada primaria, armonía de los contrarios, ha creado el mundo, lo gobierna, le confiere la unidad y la eternidad. Es el nudo vital del universo, encontrándose situado en el centro más interior de la esfera del Todo; es la fuente del calor, del ser, de la vida, la fuerza directriz y soberana del mundo. Los astros se mueven alrededor del núcleo ígneo que sirve de pivote al movimiento universal. Los pitagóricos daban al fuego central nombres divinos muy variados, pero ante todo este era para ellos el alma del mundo, un principio ígneo, un éter, una quintaesencia. Representaba también la forma más sutil de la materia y su actividad era

[53] Es la razón por la que "el lugar del Mediodía es el tipo de la parte universal (del universo) donde el Creador manifestará su justicia y su gloria en el fin de los tiempos" (p. 86).

considerada como la energía vital[54].

Heráclito repite esta idea dándole su desarrollo definitivo. Su *"fuego divino"*, elemento vivo e inteligente, cuyo calor invisible da la vida a todas las cosas, que contiene las razones universales y divinas, este fuego del que nuestra alma no es más que una centella, es el fuego central de Pitágoras, espiritualizado y divinizado. Pero Heráclito presenta la acción del fuego central bajo un doble aspecto. Es elemento generador por el efecto de un principio de alteración, que ha modificado su estado primitivo o estado de ignición; de las transformaciones que ha sufrido por condensación o rarefacción nacen los cuerpos elementales: aire, agua y tierra. Pero también será el elemento destructor cuando la desaparición del principio de alteración ocasiona la destrucción de las diferentes degradaciones del principio ígneo y el retorno de lo múltiple a la unidad.

Esta teoría tenía un corolario que dividía la vida cósmica en ciclos constituidos por el retorno periódico de creaciones y destrucciones sucesivas. La idea del fin del mundo sensible por un abrasamiento general tomará su lugar en numerosos sistemas filosóficos y religiosos del Asia Anterior y de la Grecia antigua. Figura en primer lugar en la enseñanza de la Escuela Estoica, en el culto de Apolo y sobre todo en los apócrifos judíos conocidos con el nombre de Libros Sibilinos[55]. Es casi con toda seguridad que Pasqually acude a las tradiciones judías en sus obras. Y si no ha retenido la idea accesoria de las destrucciones periódicas, expresa con mucha claridad el tema principal cuando habla del *"fuego que debe poner fin a la creación universal"* [I, 166] y de la conflagración por la cual la tierra será destruida con todos sus habitantes [I, 256]. *"El eje de fuego central disipará todas las formas aparentes tan prontamente como las haya formado"* [I, 82]. *"Lo mismo que el fuego tiene la propiedad de reducir a cenizas todo lo que abraza, por lo mismo el eje central tiene la facultad de disipar enteramente todo lo que reintegra en él sin retener ninguna apariencia ni ninguna substancia conveniente y propia para ser habitada por un Espíritu"* [I, 254]. *"No dejará ningún vestigio de la creación universal cuando sea reintegrada en su principio de emanación"* (en la fuente de la que ha salido) [I, 291].

Es posible, por otro lado, que la idea del *"eje de fuego central"* que figura en el diagrama del universo antes de la caída de Adán, haya sido inspirada por Platón o por una concepción de origen oriental reproducida por la filosofía griega. En el tratado de la República, Er, el hombre que ha pasado doce días en el Hades e informa de la revelación de la cosmología, habla de una columna de luz que atraviesa el cielo y la tierra, uniendo los polos y formando así el eje del mundo[56].

∴

El mazdeísmo, que los Judíos habían conocido durante su cautividad en Babilo-

[54] Chaignet: Pitágoras, II, p. 54, 75, 85, 140.

[55] Cf. Zielinski: *La Sibylle*.

[56] Platón distingue en las Leyes los "movimientos causas primeras" que son el "género divino de la causa" y los "movimientos causas segundas" que tienen su actividad de otra cosa diferente del pensamiento divino. Parece que de él ha sido tomada la idea de la discriminación establecida por Pasqually entre las causas primeras expresión de la voluntad divina, y las causas segundas que respetan el libre albedrío de las criaturas y particularmente del hombre. Pero hay que indicar que en Platón las causas segundas son del orden de la necesidad, "privadas de pensamientos", y operan "al azar y sin plan alguno", mientras que Pasqually las considera sin más como leyes físicas, establecidas por la inteligencia y la voluntad divinas, como siendo la armadura de un tipo de física finalista, haciendo manifestaciones de inteligencia y de voluntad humanas, a fin de salvar el libre arbitrio del hombre descargando al Creador del problema y de la responsabilidad del mal. En este sentido, Pasqually puede haber encontrado estas ideas esparcidas por las obras místicas judías que han utilizado mucho los Neoplatónicos.

nia, cuando estuvieron bajo la dominación persa, ha dejado trazos en sus tradiciones secretas, no solamente en angelología, como ya hemos constatado, sino también en otro tipo de puntos de vista, como así lo prueba la Reintegración. No es posible atribuir a un encuentro fortuito la analogía fundamental existente entre la doctrina de Pasqually sobre las causas que han acarreado la creación del mundo material y del hombre y el recitado del Avesta, según el cual el Malvado Príncipe, Anra Mainyu, habiendo intentado invadir el mundo espiritual creado por el Buen Príncipe, Ahura Mazda, formó el mundo sensible, que es como un bulevar en el límite de los dos dominios y que es guardado por los hombres dobles de los Fravashis, o Ferouers, centellas divinas que residen en todo ser humano y que descienden voluntariamente aquí abajo para luchar contra los demonios.

El eco de las teorías escatológicas mazdeanas es aún más contundente, porque se interpreta todo incluso improvisando. A propósito del Arca de Noé y de los Menores razonables (dotados de razón, es decir, los hombres) que se encuentran encerrados, la Reintegración hace alusión como de paso al *"juramento que hizo el Creador de que ni el Primer Hombre ni nadie de su posteridad serían reintegrados en el círculo antes del gran combate que debe de librarse por el verdadero Adán o Réau entre la tierra y los cielos para la mayor ventaja de los Menores"* [I, 171]. El tema de un combate supraterrestre que debe de traer el triunfo del Bien sobre el Mal es una transposición sobre el plano religioso del viejo mito del dios-sol, vencedor del dragón celeste y de todas las potencias de las tinieblas y del frío que le son opuestas. Este motivo que ya se encuentra en la lucha de Mardouk contra Tiamat, narrado en el tratado babilónico sobre la Creación y en los mitos estacionales del Nuevo Año, de la revivificación del sol y del renacimiento de la vegetación primaveral, era recogido en los apocalipsis judíos con el triunfo final del Mesías sobre Gog y Magog, pero la transformación de la victoria periódica y provisional del sol en un combate decisivo era dual en el Avesta que mostraba en el fin del mundo a Anra Mainyu y la serpiente Azhi vaincus por el séptimo de los Ameshas Spentas (Santos Inmortales), Straosha, protector de los fieles de Mazda, psicopompo y adversario infatigable de los demonios. El libro sagrado de los Persas anunciaba también la resurrección de Gayômert, el hombre primitivo, y de toda la humanidad en el momento del juicio final que debía de seguir a ese gran combate, de manera que *"la reintegración del primer Hombre y de su posteridad en el círculo"* predicada por Pasqually, responde paso por paso al fin de los tiempos descrito en el Avesta.

Parece también que leyendo con atención la Reintegración, el tratado contiene otro recuerdo de tradiciones iranias. El mazdeísmo no era dualista más que provisionalmente, puesto que no concebía la lucha del Bien y del Mal durando eternamente. Anunciaba que la oposición de los dos principios cesaría en el fin de los tiempos y que, por consiguiente, nada es absolutamente malo ni maldito para siempre. Después del triunfo de Sraosha sobre Anra Mainyu y la desaparición de éste, el Pensamiento Malvado dejaría de existir; el baño de metal fundido donde estaban inmersos los malvados era un rito de purificación particularmente enérgico de donde salían, lavados y dignos de beatitud, aquéllos que purgaban sus crímenes[57]. El Zohar había recogido esta idea expresada en las partes más antiguas del código religioso de los Persas desconocida en otras teologías. Este profesaba que el mismo Arcángel del Mal encontraría un día su nombre y naturaleza de ángel de luz; de su nombre místico Samael (ángel venenoso o de la muerte) sería suprimida la primera parte del sentido olvidado, no conservando más que

[57] V. Henry: Parsisme, p. 201.

la segunda: El, nombre común a todos los ángeles[58]. La Reintegración parece suscribir implícitamente la tesis mazdeísta; es al menos lo que se infiere de un pasaje que de manera indirecta hace alusión al perdón acordado finalmente a los Espíritus perversos. Tratando sobre la tercera reconciliación de la posteridad de Adán *"en el fin de los tiempos"*, el tratado comenta: *"Sucederá que los Espíritus perversos reconocerán sus errores y abominaciones quedando por un tiempo inmemorial a la sombra de la muerte en privación divina y en los más terribles gemidos. Entonces harán un trabajo muy penoso y considerable que tendrá una duración de siglos temporales"* [I,141]. Pasqually no dice nada acerca de la naturaleza y el objeto de este *"castigo"*, se compromete a *"entrar más tarde en el detalle del tipo de trabajo que deberán hacer los Espíritus perversos"*. Pero, realmente no cumplió su promesa, al menos en su tratado, aunque si se considera que da a la palabra *"trabajo"* el sentido de esfuerzos penosos tendentes a la reconciliación con Dios, que *"tiempo inmemorial"* significa, en su particular lenguaje, duración excesiva de lo que puede representarse la inteligencia humana pero no eterna, y por último pone en relación con este trabajo a los demonios del número 49, que ya anteriormente ha interpretado [I, 136] como equivalente, por adición mística, al Cuaternario (4 + 9 = 13 , y 1 + 3 = 4), número del ser reintegrado en sus primeras propiedades, virtudes y potencias espirituales y divinas, llegando a la conclusión de que prevé el momento en que los Espíritus perversos obtendrían su reconciliación definitiva[59].

[58] Franck: Kabbale. P. 216-217; 379.

[59] Esta hipótesis está confirmada por una declaración de Saint-Martin. En una carta dirigida a Kirchberger (Correspondencia inédita, edición Saber et Chuquet, p. 272), afirma que Pasqually creía en la "conversión del ser perverso", enseñando que el hombre estaba "encargado de trabajar". Si los recuerdos de Saint-Martin son exactos tras 25 años (la carta es del 11 de julio de 1.796), esta última idea que no aparece en la Reintegración, prueba que la enseñanza oral del Maestro era un complemento indispensable de su Tratado dogmático.

El mazdeísmo no es el único sistema religioso en que ciertos dogmas recuerdan las ideas místicas que se exponen en la Reintegración. También es fácil de encontrar trazos de semejanzas con el maniqueísmo, el sabaísmo y el culto a Mithra.

Mani divide a la humanidad en dos grupos de los cuales uno, el de los Elegidos, seguían la enseñanza de Adán y de Seth, y el otro, el de los Réprobos, reconocían por jefes a Eva y a Caín. Mostraba a Seth poniendo en guardia a Adán contra las pérfidas coqueterías de Eva impidiéndole que sucumbiese a ellas. Los maniqueos invocaban como autoridad a los escritos de Adán, de Seth, de Henoch y de Noé.

El nombre de Seth aparece sobre todo en los libros sagrados de los Sabeos y de los Mandeos, al lado de los de Abel y Henoch. Esos libros contaban que, cuando los Utras (Emanaciones), quisieron crear a su adrededor, formaron el Cheschucha (Mundo de Tinieblas), y las potencias superiores habían enviado para combatirlas a Manda de Hajje o Gabra Kadmaya (Primer Hombre) que, armado de cuatro atributos divinos, las había vencido.

En cuanto a los Mitraicos, los equinoccios eran considerados como días feriados y las iniciaciones tenían lugar preferentemente en marzo o abril, es decir, en el equinoccio de primavera.

Estas comparaciones tienen más de curiosidad que de comprobación. Los primeros siglos de nuestra era, en que florecieron tres religiones que tuvieron una ruda competencia con el cristianismo naciente, han sido, empleando una expresión de Renan, una era de "sincretismo desenfrenado". La savia mística expuesta no fue capaz de crear símbolos originales, y los sistemas religiosos se hacían préstamos recíprocos ejecutando infinitas variaciones sobre temas ya trillados. Todos los dogmas tuvieron en esa

época un aire familiar y los tratados místicos llenaron las manos de estos granos en los que todos los granos se encontraban totalmente mezclados. Es sobre todo por estos puntos de contacto con cuerpos de doctrinas en apariencia diferentes entre sí, que la Reintegración toma una herencia fiel de los apocalipsis que habían visto la luz unos mil quinientos años antes que ella[60].

∴

La aritmética y la geometría sagradas contenidas en la Reintegración son legados del más lejano pasado. La idea de atribuir a los números un valor místico se remonta a los más antiguos tiempos de los que la historia de la civilización guarde recuerdos. Formuladas filosóficamente vienen a decir que el ser es idéntico al número y que el número es, al mismo tiempo que el ser, el elemento material y el elemento formal, la causa y el principio, de manera que, si todas las cosas son número, la ciencia de los números es la ciencia de las cosas[61]. Prácticamente atribuye a cada uno de los diez (a veces doce) primeros números una significación trascendente que proporciona la clave del mundo ininteligible y del mundo sensible.

Esta doctrina es denominada comúnmente aritmética pitagórica, ya que estuvo formulada y sistematizada por Pitágoras, o al menos transmitida por el pitagórico Philolaus, pero la denominación, ya tradicional, no tiene en cuenta la cuestión de los orígenes, ya que los elementos de los que hace uso esta aritmética esotérica existían ciertamente antes que los Pitagóricos y la nacionalidad de su maestro aún es incierta[62]. Los Neopitagóricos del primer siglo de nuestra era se consagraron con fuerza a la aritmosofía y atribuyeron a los diez primeros números caracteres a veces contradictorios, realizando un doble y hasta triple empleo de los mismos. Por otro lado, y a ejemplo de los primeros Pitagóricos que habían intentado expresar las relaciones numéricas, por construcciones figuradas, derivaron de la aritmética mística una geometría igualmente mística, estableciendo una relación entre los números y las figuras. La generación de números se les aparecía como la generación de las cosas, las propiedades comunes a las figuras y a los números manifestaban a sus ojos las propiedades de los objetos reales. En la misma época Nicómaco de Gérase compuso una "Teología aritmética" que pretendía demostrar la naturaleza divina de los diez primeros números con la ayuda de interpretaciones simbólicas y místicas de lo más sutiles.

Los Neoplatónicos del siglo IIIº cultivaron con predilección la aritmosofía. Jámblico tuvo más gusto que Plotino por la mística de los números con la que celebra las maravillosas potencias y sobre la que funda los principios de la teodicea. Toda la doctrina de Proclo se reduce a tres tríadas:

---

[60] Se podría encontrar en la Reintegración sin rebuscar muchos en los textos, trazos de conceptos hindúes. Pasqually no parece haber sido de la Escuela de los Gimnosofistas cuando declara que la creación sale de *"la imaginación"* del Creador que *"operó seis pensamientos divinos para la creación universal"* [I, 124] y que el fin del mundo llegará *"en el momento en que la naturaleza borre de su faz lo que la ha hecho nacer de su imaginación divina"* [I, 119]. Dice también: *"la materia general se eclipsará por completo en el fin de los tiempos y se borrará de la presencia del hombre como en un cuadro se borra la imaginación del pintor. Por esta última comparación se puede entender que el principio de la materia del cuerpo general no es otra cosa para el Creador que un cuadro espiritual concebido en su imaginación"* [I, 115-116].

[61] Chaignet: op. cit. II, p. 3, 4, 8.

[62] Algunos autores antiguos sostuvieron que Pitágoras había estado en la Escuela de los Brahmanes y Burnouf, siguiendo esto, le convierte incluso en un misionero budista cuyo nombre es una transcripción de Bouddahgura (iniciado de Buda). Para otros historiadores, Pitágoras sería de raza semita y lo identifican con Ezequiel. Un escritor inglés pretende que los únicos fragmentos auténticos de Philolaus que han llegado hasta nosotros son los que contienen el Sepher Yetzira y esto supondría que los pitagóricos fueron sectarios judíos que en Palestina se llamaron Esenios, término derivado de Yeoschouah, nombre hebreo de Pitágoras (Vulliaud: op. cit. I; p. 202).

psíquica, intelectual y divina. En el siglo siguiente San Agustín especuló sobre el valor místico de los números.

La Edad Media tuvo nociones de aritmosofía antes que las versiones arábigo-latinas de las obras de Aristóteles con las que se dio a conocer[63]. Falta admitir la existencia de una tradición secreta y, como la ciencia mística de los números se encuentra favorecida a comienzos del siglo XIII, el modo de transmisión de las doctrinas pitagóricas que escapa a su historiador, M. Chaignet[64], parece muy claro: es a través de los místicos judíos que pasan a Occidente y por los kabalístas que los cristianos lo conocieron.

En el siglo XV Nicolás de Cusa, cuyo sistema filosófico es una mezcla de ideas pitagóricas y alejandrinas, profesa que las formas de las cosas son números inteligibles que constituyen su esencia, pero que, estos mismos números están en nuestra inteligencia, siendo el conocimiento la operación por la que los números del alma se asimilan a los números de las cosas.

En el siglo XVI la aritmosofía conoció un nuevo impulso, cuando los humanistas, bajo el nombre de filosofía platónica, amalgamaron las teorías neoalejandrinas, axiomas atribuidos a Pitágoras y temas kabalísticos, atreviéndose a buscar en los textos hebreos las ideas pitagóricas y en la Kábala la verdadera doctrina filosófica de la Escritura. Reuchlin pretendía ser el verdadero restaurador en Alemania del pitagorismo dando a conocer la "Kábala hebraica", porque *"la filosofía de Pitágoras ha sido sacada de máximas de la ciencia caldea"*, y en sus obras sobre la Kábala: *De Verbo Mirifico*, *De Arte Cabbalistica*, expuso una aritmosofía pitagórica profundamente alterada[65]. En su libro intitulado: *De Harmonia totius mundi*, Georgio de Venise profesa que los números, que están íntimamente unidos a la esencia divina, emanan para regular la armonía del cielo, descendiendo después a las cosas sensibles. Afirma que *"esta doctrina revelada por Dios a los hebreos ha sido comunicada igualmente a algunos gentiles tales como Plotino y Pitágoras"*[66]. Para Cornelius Agrippa de Nettesheim, los números proporcionan la clave de la filosofía oculta y de los secretos de la magia; cada número posee su propia virtud y su función particular; elementos esenciales de todo lo que se encuentra en el tiempo y en el espacio, los números juegan un papel principal en la formación de los cuerpos y las leyes que rigen en los números se revelan sobre todo en la figura de los objetos[67]. Giordano Bruno, el más grande de los pitagóricos del Renacimiento, juega con las figuras geométricas que considera íntimamente ligadas a los números, proporcionando a las cosas sus propiedades y su esencia; exalta las matemáticas místicas por las que ve el medio de descubrir los secretos de la naturaleza y elevarse a la contemplación de Dios[68]. El alquimista y teósofo Van Helmont busca en la mística de los números la clave de la Gran Obra así como de las verdades transcendentes.

A finales del siglo XVI, la aritmética pitagórica deja de ser cultivada de forma abierta; la salida que, en el siglo siguiente, se hace cada vez más exclusiva entre las tendencias místicas y los postulados científicos, es cedida a las ciencias ocultas, aunque continua figurando en las doctrinas secretas de los cenáculos que conservaron

[63] Se ha pretendido que los números no sirvieron únicamente en la arquitectura de la Edad Media, expresando proporciones y simetrías, sino que también habrían tenido un sentido místico y secreto, que haría de la arquitectura un lenguaje esotérico.
[64] Op. cit. II, p. 327.
[65] Chaignet: op. cit. II, p. 330.
[66] Ibid. p. 330-331.
[67] Conciliando ingeniosamente la Trinidad cristiana y los Sephitoth kabalísticos, Agrippa imagina que Dios, primera mónada, se derrama por emanación del número 3, después en el número 10 que representa la forma de toda cosa y la medida de todos los números.
[68] Chaignet: op. cit. II, p. 338.

viva la tradición esotérica y, a comienzos del siglo XVIII, se hizo del todo patente en la Franc-Masonería especulativa en algunos de sus símbolos y de sus *"números sagrados"*.

Pasqually no parece haber tomado únicamente de los ocultistas judíos los elementos de su aritmosofía, ya que comprende algunos desarrollos que no son conocidos por la Kábala, pero resulta bastante difícil identificar esas otras fuentes, porque en más de un punto se aparta de las teorías admitidas por la mayoría de los matemáticos místicos. Su sistema, sin ser profundamente original, tiene un carácter mucho más personal que todas las otras especulaciones de la Reintegración.

Para los números Uno, Diez y Cuatro, sigue en grandes líneas a los pitagóricos, que sentían por esos tres números una veneración especial, pero se limita decididamente al terreno místico, absteniéndose de toda especulación puramente intelectual.

Insiste menos sobre la Mónada que los pitagóricos. Estos eran sobre todo filósofos, viendo en el Uno al padre de los números y por consiguiente, de los seres, el demiurgo del mundo, la razón de la existencia, el principio del conocimiento y de la individualización. Sacaban del concepto del Uno tres formas de unidad: la unidad absoluta o Dios, forma separada de las cosas; la unidad elemental, considerada como forma inseparable de las cosas; por último, la unidad del ser real. Pasqually, teósofo ante todo, no considera más que la unidad divina y no espera contemplarla, porque es para la mística judía lo Incomprensible y lo Incognoscible, el Ain-Soph de la kábala que, en la desesperación por asirlo mediante la inteligencia, es denominado a veces el No Ser. Tampoco retuvo una idea pitagórica que había impresionado a los judíos místicos de la Edad Media, es el saber que el Uno añadido al Par le transforma en Impar, lo que no podría hacerse si no participaran los dos, de forma que puede ser llamado Par-Impar. Los kabalístas identificaban el Impar con el principio masculino y el Par con el femenino, haciendo de la Mónada el proto-tipo del Adán Kadmon andrógino[69].

Por el contrario, se pone de acuerdo con todos sus predecesores para atribuir a la Década una importancia de primer orden. Es en ella que estalla todo, siguiendo a los pitagóricos; la fuerza superior y la potencia sublime del Uno; es la fuerza divina e increada que produce la permanencia eterna de las cosas de este mundo. Diez es el número perfecto y universal; desarrolla la esencia y la verdadera potencia de los números ya que los diez primeros números, de los que la Década es el límite, son suficientes para explicar la infinita variedad de los objetos, sus atributos, modos y propiedades. Proclo califica a la Década como "santa", porque realiza todas las perfecciones y todos los números. Para Jámblico es el conjunto de todas las emanaciones del Uno, idea desarrollada particularmente por la Kábala que simboliza la Causa de las Causas por el punto de la Yod, cuyo valor es 10, y que funda toda la construcción del mundo inteligible sobre los 10 Sephiroth, desplegados desde el Ain-Soph. Pasqually inscribe igualmente la cifra 1 en un círculo para simbolizar la unión íntima de la Unidad y de la Década, del Dios inmanente que figura lo primero y el Dios emanado que representa lo segundo.

El Cuaternario, al que Pasqually hace jugar un papel eminente en su sistema, es igualmente una réplica de la Tétrada *"misteriosa y santa"* de los pitagóricos, *"número de números y Dios que contiene la fuente y la raíz de la*

[69] Pasqually parece hacer una vez con bastante claridad alusión al Adán bisexual -al menos que no lo haya copiado sin comprenderlo bien de uno de sus autores anónimos- : dice en la página 82 de su tratado que Adán tenía "un poder de vegetación corporal" (facultad de reproducción) y que "ha vegetado de dos formas de vegetación: la masculina y la femenina".

naturaleza eterna". Esta era, tanto para los primeros como para los últimos discípulos de Pitágoras, el *"viviente en sí mismo"* (Autozoo), pero, como lo semejante sólo puede ser conocido por lo semejante, y que el viviente en sí comprende al viviente inteligible, al viviente sensible y al viviente físico, el alma, que conoce a todos estos seres, tiene que ser como ellos el número 4. Este número se encuentra en las especies animales, en las partes componentes del ser humano (cabeza, asiento de la razón; corazón, asiento de la vida; ombligo, asiento de la facultad de impulsar las raíces y los gérmenes; partes sexuales, asiento de la facultad de concebir y engendrar). Es el número de la justicia porque es el producto de factores absolutamente iguales. Proclo habla del *"Sagrado Cuaternario"*. Jámblico lo ve como el principio de la armonía universal. Para Nicolás de Cusa, el alma es el número 4[70]. El Cuaternario se encontraba frecuentemente en las especulaciones aritméticas de la Kábala. Como símbolo específicamente judío es el Tetragrama, grafía secreta del nombre inefable del Señor. Pasqually se mantiene fiel al espíritu de sus inspiradores dándole un valor puramente místico.

La significación nefasta del número Dos, acusada por Pasqually, también se encontraba entre los Neopitagóricos, cuya aritmosofía había sufrido la influencia de las doctrinas platónicas. El pitagorismo primitivo que deificaba los números, no podía atribuir a ninguno de ellos una imperfección absoluta[71]. Para los sucesores de Platón, por el contrario, sobre todo para Speusippo y Xénocrates, la Díada, al contrario de la Mónada que es lo bello, el bien y el espíritu, es la expresión de la materia y del mal. Los Neopitagóricos adoptaron este punto de vista y, viendo en la Mónada la causa eterna y eficiente o Dios, consideraron a la Díada como la causa pasiva y material del mundo sensible. La Díada indefinida es el elemento inferior, la pluralidad, el movimiento, el sexo femenino, las tinieblas y el mal, porque es el principio de la división, la cual se opone a la unidad esforzándose por destruirla. Los maniqueos veían en el Dos el signo del Segundo Principio, causa del mal y adversario del Uno, que era a la vez la existencia absoluta y el Bien. Para C. Agrippa el 2 es el número del mal, del demonio, de la pluralidad material.

El significado del número de la creación, asignado por Pasqually al número Seis, procede directamente de la kábala. En la cosmogonía del Zohar, los seis Sephirtoh inferiores u *"operativos"*, que están escalonados debajo de la tríada suprema constituida por Kether (Corona), Hochmah (Razón Teórica) y Binah (Razón Práctica), forman el Senario creador: *"Los seis días de la Creación son luces emanadas de la Palabra para la iluminación del mundo"*. Estas seis causas instrumentales de la creación han revelado en seis días el plan oculto en el pensamiento de tres arquitectos supremos. Por lo mismo, el mundo durará durante seis periodos milenarios, número cuyo total se reduce a diez, pues *"un gran año"* se compone de seis siglos, los seis mil años de la existencia del mundo forman diez grandes años. Era el fin del sexto *"día"* o sexto milenio en que la Comunidad de Israel debía de reencontrar su lugar en el fin de los tiempos, con la

[70] El 4 es un número muy importante para los egipcios y los hindúes. Los primeros distinguían las 4 bases o elementos, las 4 zonas, las 4 divinidades funerarias que se encontraban en los 4 puntos cardinales y en los 4 vientos. Para los segundos, habían 4 potencias luminosas subordinadas a Vayu (viento o respiración, es decir, energía vital): fuego, sol, luna y relámpago, y 4 fuerzas psíquicas a las que correspondían respectivamente: la palabra, vista, oído y pensamiento (Oltramare: *Hist. des idées théos. dans l'Inde*, p. 91). Los maniqueos contaban 4 esencias magnificas, 4 atributos del Padre de la Luz y 4 sellos luminosos.

[71] En las religiones primitivas del Asia anterior a la Díada, que figuraba la unión del principio masculino y del femenino, era el signo de la fecundidad, por consiguiente, del bien.

llegada del Mesías[72]. Esta idea es reproducida textualmente por Pasqually: *"El nombre de los días que doy a las seis operaciones de la creación no pueden pertenecer al Eterno que es un ser infinito, sin tiempo, sin límites y sin extensión; pero estos seis días anuncian la duración y los límites del curso de la materia, es decir, que esta materia durará seis mil años en toda su perfección… cada uno de estos días o miles de años no deben de considerarse más que como la duración de la operación de los seis pensamientos divinos"* [I, 303, 304].

La importancia considerable que Pasqually otorga al Septenario y a los Espíritus que en él se enmarcan se explica por la vitalidad de una tradición caldea de origen astrológico, que hacía depender la vida universal de la acción de siete planetas. Esta tesis se encuentra tan profundamente anclada en la imaginación de los pueblos civilizados del Asia antigua, que se encuentran trazos indelebles por todas partes en las divisiones del tiempo y en los dogmas de todas las religiones orientales. Es superfluo recordar la persistencia de esta tradición entre los judíos: candelabro de siete brazos, semanas, años, etc.. Pero el Septenario había recibido de los kabalistas un significado especial del que Pasqually hace fiel eco. El secreto del número Siete era para la kábala aquel en que Dios acababa con las seis fases del tiempo[73]. Pasqually dice al respecto: *"En el séptimo día (o séptimo milenio) la materia caerá en una terrible decadencia, subsistiendo hasta su entera disolución… el número septenario que ha dado la perfección a todo ser creado, es el mismo que destruirá y abolirá toda cosa"* [I, 303].

Es probablemente a las tradiciones judías a las que hay que atribuir el origen del sentido nefasto otorgado por Pasqually al número 5. Para los Pitagóricos expresaba a los cuerpos naturales, porque daba a las cosas, además del volumen, la calidad y el color, la forma exterior y visible; así, los cuerpos físicos tenían para ellos cinco elementos: fuego, tierra, agua, aire y quintaesencia, que agregaban a los cuatro primeros. Además significaba la justicia; era pues un número moral bueno. Sin embargo, para los místicos judíos, el Cinco era por el contrario demoníaco porque era el número de los ángeles destructores que, siguiendo un relato consignado en la paráfrasis del Deuteronomio por Ben Ouziel, Jehovah había enviado para castigar a los israelitas adoradores del Becerro de oro.

El valor místico acordado por Pasqually al Octonario, *"número doblemente fuerte"*, puede que sea un recuerdo de una concepción egipcia que separando los elementos en masculinos y femeninos, obtenían la Ogdoada, símbolo de la fuerza vivificante, trasladado por Pasqually al plano místico. Para los primeros pitagóricos era en verdad el número de todas las facultades superiores: amor, amistad, prudencia, reflexión; pero con los Neopitagóricos se volvió, especialmente en Jámblico, en la causa de la fluidez (derrame) de las cosas y de la dispersión de los seres, es decir, exactamente lo contrario del retorno a lo divino que representa exactamente en la Reintegración.

Es en su comentario sobre el Tres, que Pasqually atestigua la mayor independencia cara a cara con la tradición caldea, judía y kabalista, siguiendo en parte a la escuela pitagórica. El Ternario es para los semitas un número sagrado y divino del primer jefe; asemeja ser de origen caldeo como manifestación espiritual de la Causa Primera. Jámblico le hace el alma del mundo o demiurgo. Las tríadas, que juegan un papel de primer plano en todas las teogonías orientales, son puestas en escena con gran predilección por la kábala. Es pues remarcable que, sobre un punto donde la

[72] Vulliaud: op. cit. I, p. 388-389. El Zohar encuentra también el número seis en el plano del universo constituido por las seis direcciones del espacio: norte, sur, este, oeste, alto y bajo (Ibid. I, p. 7).
[73] Vulliaud: op. cit. II, p. 89, 90, 215.

mística judía se había posicionado claramente, el autor de la Reintegración haya decidido dar completamente la espalda a sus habituales inspiradores. Por otro lado, hace, a ejemplo de los pitagóricos, al Tres el número de la materia, separándose de ellos en cuanto a la cualidad intrínseca del Ternario; para los discípulos de Pitágoras, el Tres no es solamente el número de toda cosa, puesto que todas las cosas tienen tres dimensiones, el *"número plano"*, el número de las cosas físicas que poseen una superficie, sino que también es el primer número perfecto, ya que es el primero que tiene una mitad, un comienzo y un final; para Pasqually es un número fundamentalmente malvado porque representa a la materia.

Por Ultimo, sobre el Nueve, número *"demoníaco"*, siguiendo la Reintegración, Pasqually no está de acuerdo ni con los pitagóricos que ven en la Enéada la justicia, ni con Jámblico que encuentra el principio de toda identidad y de toda perfección, ni tampoco con la kábala, que asocia a menudo a las tríadas por tres, para expresar un desarrollo más completo del ser. A menos que Pasqually haya tomado su interpretación de una fuente desconocida, parece haber querido en esta ocasión volar con sus propias alas concediendo su propia condena al Novenario, múltiplo del Ternario, con el malvado renombre que otorgaba a este último.

Prestó poca atención al Once y al Doce para que nos detengamos en estos números.

Las combinaciones de números y cifras, en las que Pasqually despliega tanta ingeniosidad, eran conocidas por los pitagóricos y han sido practicadas por sus imitadores.

Para los discípulos de Pitágoras, 5 es la justicia porque es la mitad de 10 que es el Todo y que, dividiéndolo en dos partes iguales, cada una de las partes se queda con lo que le pertenece; es también el matrimonio, siendo el símbolo de la cohabitación de lo masculino y lo femenino, puesto que 5 = 3 (primer número impar, masculino) + 2 (primer número par, femenino). El 6 es el número del cuerpo viviente porque al 5, número de los organismos, se le añade un elemento: el alma, que produce las funciones de la vida; representa también a Afrodita o la generación, porque es el primer número de la Década formado por la multiplicación de 2 por 3, es decir, del primer número par por el primer número impar. El 9 es la justicia, siendo el primer cuadrado producido por el primer número impar (el 3) multiplicado por sí mismo. El 8 es el número de las más altas cualidades morales e intelectuales, porque es el primer número cúbico (2 multiplicado por 2 = 4 , 4 multiplicado por 2 = 8).

Cuatro es el número sagrado, porque es el término medio aritmético entre 1 y 7, ya que sobrepasa al primer término de la misma suma donde es sobrepasado por el último, pero sobre todo porque en él se detiene la progresión de los primeros números cuya adición forma la perfecta Década (1 + 2 + 3 + 4 = 10), donde 4 es la raíz de 10, que es en sí misma la manifestación de la potencia absoluta del Uno; por consiguiente, si todo ser, por el simple hecho de existir, es decádico, también es tetrádico, puesto que la Tétrada contiene el germen de la Década; además todo número tetrádico y decádico es al mismo tiempo, en tanto que número, una unidad: así cada número es a la vez 1, 4 y 10. La Gran Tetractys, sobre la que los pitagóricos prestaban su juramento solemne de fidelidad, debía su prestigio al hecho de que estaba formada de 8 números por adición de la suma de los cuatro primeros números impares (1 + 3 + 5 + 7 = 16) así como los cuatro primeros números pares (2 + 4 + 6 + 8 = 20) que da en total 36, siendo este número igual a la suma de los cubos de 1, de 2 y de 3 (1 + 8 + 27 = 36).

Siete era la suma de 3 y de 4, formando con este último número una media aritmética entre los dos términos extremos de la Década (1, 4, 7, 10) expresando la santidad, la luz, la razón y Minerva. Es el número concebido sin madre, puesto que ninguno de los números contenidos en la Década lo engendra por multiplicación de un número por otro o por sí mismo, y también el número virgen, puesto que no engendra a ninguno de esos mismos números. 7 es la ley de la existencia humana; el hombre viene al mundo tras 7 meses de gestación [desconocemos a qué se debe este cómputo erróneo] y su vida se divide en periodos de 7 años: infante de 1 a 7 años, joven de 7 a 14, efebo de 14 a 21 años, adolescente de 21 a 28, hombre de 28 a 35; después declina en las fases de una decadencia marcada también por dicho número 7. El sol, causa productora de todos los frutos de la tierra, posee esta potencia porque es función del número 7; ocupa la séptima plaza en el universo porque su esfera viene tras la de los cinco planetas y la del cielo de los fijos; la luna, cuando tiene 7 días, está en conjunción cuadrangular con él y es por lo que el 7º día es crítico[74].

Todos los filósofos místicos que han cultivado la aritmética pitagórica se han librado más o menos a las mismas especulaciones. Para Proclo, la Santa Década es la suma de sus tres tríadas, psíquica, intelectual, divina, y del Uno, formando cada una de esa tres tríadas con el Uno el Sagrado Cuaternario. San Agustín atribuye al alma el número 3, imagen de la Trinidad divina, y al cuerpo el número 4, puesto que todo organismo está compuesto por cuatro elementos; en consecuencia el hombre, constituido por un alma y un cuerpo, tiene el número 7, que se encuentra por todas partes: hay, por ejemplo, en la vida del individuo, 6 edades que corona un séptimo término, la muerte[75]. Giordano Bruno considera a la Tétrada como el número perfecto, puesto que es a la vez ella misma (como número), la unidad (como signo), y la Década (la suma de los números del 1 al 4 cuyo resultado es 10). C. Agrippa calcula que sumando 3 a la unidad, se forma el número 4 que, multiplicado por 3, da 12, número sagrado entre todos, y que 3, sumado dos veces al 4, llega, pasando por el número 7, a la gran Unidad, 10, que es la perfección. Georgio de Venise cree que la verdadera razón para creer que el mundo ha sido hecho en 6 días es que el 6 es el primer número perfecto resultado de la combinación de los tres primeros números, puesto que 6 es igual a 6 multiplicado por 1, o 3 multiplicado por 2, o 2 multiplicado por 3, o finalmente 1 + 2 + 3.

La geometría mística de Pasqually parece rudimentaria cuando se la compara con la de los Pitagóricos y sobre todo con la de los Neopitagóricos. Los primeros establecieron relaciones extremadamente ingeniosas entre la unidad y el punto; la díada y la línea; la tríada y el triangulo; su dialéctica desplegaba particularmente sus recursos en la asimilación de la tétrada a la pirámide, que identificaban con el número 4, sea porque está formada por 4 planos, sea porque corona con una cúspide (= 1) una base triangular (= 3); la unían a la Década puesto que presenta 4 planos y 6 líneas [aristas], es decir, 10 elementos, de manera que el parentesco del Denario y el Cuaternario ya demostrado por la aritmética, era probado de esta forma por las figuras geométricas. Los Neopitagóricos se apoyaban en la figura conocida por "gnomon" [escuadra], sobre los números y figuras "étéromèques" [sin traducir], sobre las figuras curvilíneas y

[74] Chaignet: op. cit. II, p. 118, 121-122.

[75] Es curioso constatar en el siglo V, en la doctrina de un Padre de la Iglesia, la presencia de una idea, reincidente, como acabamos de ver, para la kábala judía, y que atribuye al número 7 la facultad mística de poner fin a los 6 periodos de toda existencia.

sobre la "diaule" [sin traducir] para establecer que la Díada, o el Par, resume en sí los caracteres de la multiplicidad cambiante e informe, siempre en movimiento, en generación, en devenir[76].

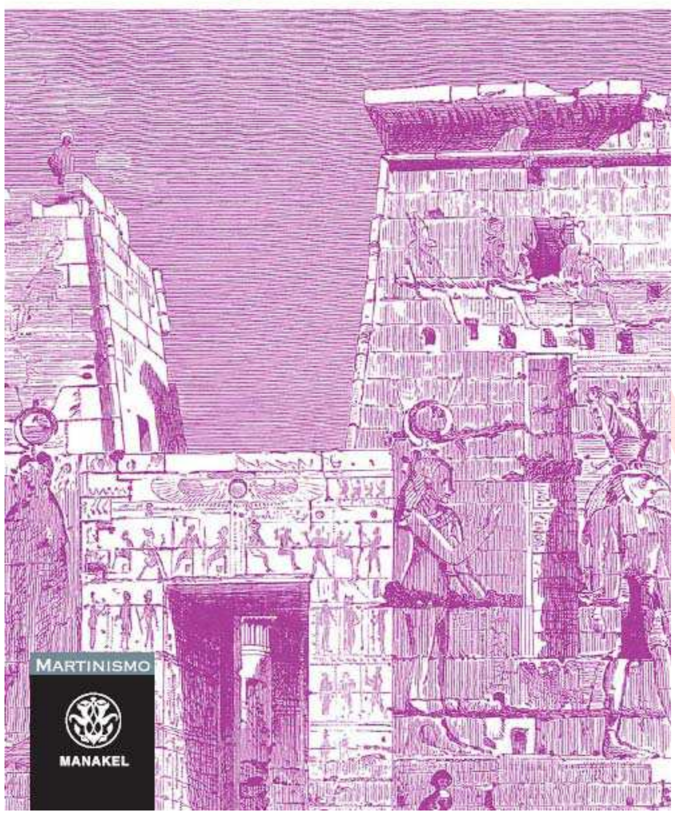
La única relación que se puede encontrar entre sus teorías y la figura mística esbozada por la Reintegración o por las ideas expresadas por su autor, es que los pitagóricos tenían al círculo por la figura perfecta, acabada, entera, puesto que tiene un comienzo, una mitad y un final y que en el triángulo veían el principio de la generación y de la forma de toda cosa, porque todos los cuerpos, sean cuales sean sus formas, pueden ser resueltos en triángulos. Estas analogías son muy vagas para poder sacar la conclusión de algún préstamo directo. Por lo demás, el significado simbólico que Pasqually da al círculo y al triángulo es tradicional desde los tiempos más remotos. El círculo, representación gráfica del horizonte que limita el alcance de la visión humana, parece tener un origen remoto en la historia, sirviendo para figurar el espacio, y las doctrinas emanacionistas habían encontrado en él la expresión más exacta de su cosmogonía. En cuanto al triángulo, los egipcios, según dice Eusebio, se servían de él para representar la tierra. Platón declaró en el Timeo que las razones del ser físico y de la puesta en acción de los elementos son triangulares, y los Neoplatónicos habían elevado y conservado cuidadosamente esta idea; uno de sus últimos representantes, Georgio de Venise, anunciaba que el mundo estaba formado de elementos triangulares remarcando que el 3 es la imagen de la forma que, por medio del 2, expresión del ángulo, reduce la materia a la unidad. Por extraño que pueda parecer la definición de la forma de la tierra dada por la Reintegración, el tratado de Pasqually no hacía más que reproducir un tema muy antiguo y conocido entre los ocultistas.



[76] Sobre estas demostraciones, que no tienen lugar aquí, consultar Chaignet: op. cit. II, p. 62-66.

Nueva Edición

Tres Iniciados
El Kybalión



Louis-Claude de Saint-Martin, el teósofo de Amboise, hacía referencia a las cinco páginas simbólicas del ***Libro de la Naturaleza***, cuyo contenido conduce al hombre caído hacia la puerta de la Sabiduría a través de sus Leyes: Vibración, Movimiento, Ritmo, relación Hombre-Naturaleza y los Sueños, a través de los cuales la divinidad se nos revela. El Kybalion, que presentamos incluido en nuestra colección Martinista, acompañando el texto por las explicaciones que tres almas generosas, bajo un respetuoso anonimato, ofrecen para acercar estos principios herméticos a una interpretación actualizada, será una ayuda valiosa para todo Hombre de Deseo que quiera "recordar" el contenido del Libro de la Naturaleza.

Estas máximas y axiomas herméticos, cuya recopilación se atribuye a Hermes Trismegisto (el tres veces grande), quien se cree fue contemporáneo de Abraham, forman parte, sin duda, del Libro de la Naturaleza que el Hombre podía leer con toda claridad y entendimiento cuando aún mantenía su estado glorioso, por lo que tenía la facultad de obrar con plena conciencia según las Leyes que Dios estableció el día de la creación.

ISBN: 978-84-9827-067-9
Precio: 6 Euros
204 Páginas

Editorial Manakel
Colección Martinista

Tel. y Fax: (+34) 91 472 90 71



"ASÍ QUE YA NO ES TU VOLUNTAD, SINO LA VOLUNTAD DE DIOS; YA NO ES EL AMOR DE TI MISMO, SINO EL AMOR DE DIOS, QUIEN SE MUEVE Y OPERA EN TI; Y POR TANTO, ESTANDO COMPRENDIDO EN ÉL, ESTÁS COMO MUERTO PARA TI MISMO, PERO VIVO ANTE DIOS. ES ASÍ QUE ESTANDO MUERTO VIVES, O MÁS BIEN DIOS VIVE EN TI POR MEDIO DE SU ESPÍRITU, Y SU AMOR SE VUELVE PARA TI COMO VIDA QUE SURGE DE LA MUERTE. NUNCA PODRÍAS HABERLO CONCEBIDO CON TODA TU BÚSQUEDA; PERO ÉL TE HA CONCEBIDO A TI. ASÍ ES COMO SE ENCUENTRA EL TESORO DE TODOS LOS TESOROS."

Diálogos Místicos, Diálogo II,
Jakob Böhme

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas y Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA
geimme@arrakis.es